

Alejados del discurso nacionalista, sea vasco, catalán, español o cual sea; alejados del engaño interesado a que se someten cuestiones como el territorio, la lengua, la cultura, la identidad, la etnia; lejos de asumir el nacionalismo como realidad natural, como voluntad política común; alejados, en fin, de la necesidad de crear nuevos estados que sustituyan o amplíen los existentes, intentamos, a través de estas páginas, comprender mejor aspectos sociales y cotidianos del largo enfrentamiento Estado-ETA en Euskadi.

Es difícil el ejercicio de la razón cuando la pasión desborda el yo que acomete la reflexión: es tanta la represión del Estado español sobre el movimiento vasco que el posicionamiento espontáneo por el lado de la víctima dificulta una perspectiva o una distancia analítica necesaria. No es, al decir esto, que pretendamos ser objetivos, imparciales: conocer es también tomar partido; simplemente, que esta represión vela nuestra mirada que quisiera ir más allá para entender el conflicto.

Quizá un buen andar será salir del estereotipo y de la retórica con que políticos y medios de comunicación nos aturden y nos forman; salirse de los aspectos más espectaculares, para adentrarse por los recovecos de un movimiento social (hoy quizá imposible fuera del espacio nacionalista), o por el discurrir de aquellos aspectos más cotidianos. Para ello nos falta información, elementos de juicio... pero en esta dirección escribimos estos apuntes.

Recogemos también en este número de ETCETERA correspondencia generada a partir de nuestro anterior artículo sobre el trabajo, una crónica de las últimas luchas en Andalucía y distintas notas y comentarios a libros y revistas.

Etcétera, Barcelona, diciembre 1996

La persistencia de un conflicto

Para hablar hoy del problema de la confrontación entre el Estado español y una parte del pueblo vasco hay que tratar de marcar una distancia previa con respecto al monolitismo de los medios de información (un 80% concentrado en unas pocas empresas afines al Estado) que con su general comportamiento están actuando al lado de uno de los contendientes de esta guerra de baja intensidad. Hay hechos que dan a conocer y otros que silencian, hay detalles que magnifican y vergüenzas que se esconden, hay intereses que defender y vínculos inquebrantables a pesar de las evidencias, hay mucho dinero en juego y muchas carreras políticas que ejercer.

Adentrarse en ese magma de hechos complejos significa inmediatamente percibir que existe una ruptura considerable entre el mundo vasco y el resto del Estado español en cuanto a las formas de actuación del Estado en su vertiente política, ideológica y violenta para contrarrestar una aspiración nacionalista vasca intransigente: la posibilidad de ser independientes de España.

La visión y el discurso del Estado español propagado por todos los medios posibles es que muchos vascos son pro-terroristas, que quizás no apoyan a ETA pero la comprenden y además hablan de negociar una salida al conflicto (la posibilidad de la autodeterminación, la amnistía para los presos, la vuelta de los exiliados...), siendo partidarios por lo menos la mitad de la población de que existiera la oportunidad de elegir por ellos mismos si desean separarse políticamente de España y llegar a crear una nación independiente, como tantas se están creando en los países del Este, por ejemplo. Por tanto se divulga la imagen de que son separatistas, conflictivos porque no acatan el consenso impuesto por la constitución española que no aprobaron, y que son violentos. Se divulga la idea de que en Euskadi no se puede invertir porque hay mucha conflictividad laboral, se

extorsiona a los empresarios con “impuestos revolucionarios” y se les llega a secuestrar para que paguen el rescate económico.

Este ataque perpetuo afianza más a los vascos en sus posiciones ideológicas y de identidad. Aquí nosotros y allí vosotros: se marca el territorio y a partir de entonces cada uno se dirigirá “a su público” en el discurso y “al otro” en la confrontación.

La violencia del Estado

El franquismo fue el que marcó de forma desmesurada las primeras pautas violentas contra las provincias vascas declarándolas “provincias traidoras” por su vinculación republicana y separatista, llegando a aplicar numerosos estados de excepción con las consiguientes detenciones masivas que provocaban torturas, cárcel y los primeros exilios. En 1975, durante el estado de excepción que duró tres meses, se llegó a utilizar la plaza de toros de Bilbao como centro de detención.

La dictadura franquista se caracterizó por dejar las manos libres a la policía y ejército para que aplicaran los métodos que consideraran convenientes para terminar con el movimiento contestatario vasco, que iba desde reivindicaciones laborales a políticas, desde reivindicar la lengua vasca al uso de sus símbolos tradicionales como la bandera. Objetivos que hoy nadie cuestiona, incluso asumidos por ex-ministros del terror como Fraga Iribarne o Martín Villa, de nuevo en el poder con la llegada de los franquistas modernos del Partido Popular.

A la muerte del dictador y en los años de transición se creía que a ésta problemática, ya complejizada por la incorporación al movimiento contestatario vasco de la organización armada ETA, se le trataría de dar una salida negociada que cambiara el enfrentamiento violento y lo llevara a cauces de participación política institucional.

La parte más numerosa de la población vasca se apuntó a esta opción representada por los partidos gubernamentales y por la ambigüedad política del PNV, integrándose en la actual democracia autoritaria basada en el consenso. La parte que no se integró, lo que denominamos movimiento radical vasco y la organización armada ETA quedaron al margen y por tanto han sido de nuevo el blanco de la violencia estatal. Es decir, hay plena continuidad represiva por parte del Estado, ya fuera franquista, de transición o demócrata.

Un aspecto singular de la política represiva diseñada desde el Estado fue la introducción planificada de la droga en los ámbitos nacionalistas contestatarios con el fin de desmembrar los movimientos sociales de su dinámica de lucha. Muchos datos apuntan directamente a los aparatos policiales, lo cual jamás ha sido investigado. Una vez extendida su distribución, con los años ha servido a esos mismos aparatos para controlarla, enriquecerse y pagar confidentes, además de crear una red de personas enganchadas a la droga que han tenido que entrar en la vía del robo-atraco para poderse la costear. Hay que indicar que durante los últimos años del franquismo y primeros de la transición en Euskadi prácticamente no había delincuencia y que ésta empieza a actuar vinculada a la necesidad de proveerse de droga.

La llegada al poder del Partido Socialista en 1982 con 12 millones de votos reprodujo una actuación estatal violenta mucho más cruda de lo esperado. Envalentonados por el crédito que les daban las urnas y su creencia de que sabían como acabar con ese conflicto, planearon la creación del GAL, cuerpo policial y mercenario para matar a militantes de ETA en el país vasco-francés. Extendieron la guerra al otro lado de la frontera con el consentimiento y complicidad del gobierno socialista francés. Las 27 muertes y numerosos heridos que produjo la actuación del GAL motivó la colaboración francesa en materia de entrega de refugiados (200 repatriados de policía a policía sin pasar por los tribunales) y de persecución de exiliados, dejando de dar asilo político a los militantes de ETA. El gobierno español, más allá de los acuerdos políticos europeos, paga esta actuación en forma de dinero para los mandos del Ministerio de Interior francés así como en adjudicaciones a dedo en proyectos de gran envergadura y cuantía económica para empresas francesas, como por ejemplo el tren AVE.

Además de la creación y financiación del GAL con fondos públicos, los socialistas dieron plenos poderes a policías y guardia civil para acelerar la represión. Al mando de estos cuerpos continuaban

los mismos que se habían distinguido por sus métodos denunciados repetidamente por distintos organismos internacionales. La tortura no dejó de practicarse en Euskadi: en comisaría continuaban con los electrodos, la bañera, la bolsa de plástico, las toallas mojadas, los golpes con listines de teléfono, los puñetazos, las amenazas de muerte y de violación, los paseos por el bosque y los simulacros de fusilamiento. Amenazaban al detenido que si denunciaba malos tratos al juez lo volverían a coger y sería peor; el médico forense, vinculado a la policía, naturalmente no veía nada anómalo y muchos de los jueces estaban en esa falsa institucional.

El gobierno, además de crear el Departamento de Guerra Psicológica encargado de combatir el terrorismo, puso cuantos medios fueron necesarios: miles de millones de pesetas para pagar en forma de fondos reservados, de libre disposición por parte de la policía, lo que acabó enriqueciendo a mandos y creando una telaraña de intereses y de beneficios económicos encubiertos. En nombre de combatir a ETA se ha organizado una trama político-social para distribuirse prebendas en forma de cargos, adjudicaciones de obras, de empresas de seguridad, de beneficios a terceros, a familiares y creación de empresas fantasmas para evasión de capitales. Esto sucedía en círculos vinculados al Partido Socialista vasco-navarro y a los aparatos policiales, reparto que incluía a tanta gente que todo el mundo tenía algo que callar y por tanto no era posible denunciarlo. La anomalía y la ilegalidad se habían convertido en norma.

No sólo se produce esta violencia macro, la que podríamos calificar como inherente al Estado, la que utiliza como norma no escrita para imponer su autoridad cuando el consenso no funciona. En Euskadi también han aplicado la más sutil, la dirigida directamente a las personas que se distinguen por su actividad contestataria: ser perseguido, detenido y apalizado por policías sin identificar, llamadas telefónicas amenazando de muerte y por extensión introducir el miedo a la familia, asalto de domicilios y de sedes de partidos y organismos populares, torturas y marcas en el cuerpo ejecutadas en bosques y descampados, tomar como rehenes a familiares, enviar anónimos, intimidar por cualquier medio...

Estas prácticas tampoco han sido excepcionales sino habituales y sus autores eran funcionarios del Estado. Como es de comprender muchas de estas actuaciones no salen a la luz pública estatal porque no se publica la guerra sucia del Ministerio del Interior. Los afectados sabían que apenas servía de nada denunciar estos hechos y temían encontrarse en las dependencias a los propios autores; otros no lo hacen por miedo, porque efectivamente los cuerpos para-oliciales han conseguido lo que se proponían con su actuación.

Otro sector muy reprimido y castigado es el de los presos de ETA. El Estado impuso su distribución por toda la geografía española con el fin de desunir los colectivos creados en las cárceles y propiciar así su arrepentimiento individual. Castigo para ellos y también para sus familiares y amigos a los que obligan a viajar miles de kilómetros al año y a gastar mucho dinero y tiempo en visitas, sin que tengan garantías de que una vez en el destino podrán ver al preso. Entonces funciona el capricho del funcionario, las normas cambiantes, el odio acumulado y las órdenes que llegan procedentes de la estrategia policial.

Dentro de la cárcel se continúa violando los derechos de los presos y los hechos represivos que allí ocurren son silenciados deliberadamente.

La represión aparentemente era contra ETA, pero en realidad la población vasca constata que es mucho menos selectiva y más generalizada. En muchas familias hay alguna persona que ha sido detenida a lo largo de los últimos años y raro es quien no tiene algún amigo/conocido que no haya pasado por la policía (se producen muchísimos casos de detenciones que acaban ante la presencia del juez para luego ser soltados). Los controles policiales en carreteras y pueblos han sido una fuente constante de amenaza y de intimidación más que de efectividad, los helicópteros policiales son intentos de expandir la idea de control y de sentirse vigilados. En bastantes pueblos hay vecinos exiliados o en la cárcel y dado que la población vasca, incluida Navarra naturalmente, es relativamente pequeña (2,7 millones de habitantes) y que la información de la vida cotidiana circula profusamente, es lógico que esa agresión estatal se perciba como omnipresente.

No hay en Europa índice tan alto de policías por habitante como en Euskadi; en ningún país hay tantos exiliados políticos (en distintos países y continentes) y militantes en la cárcel (cerca de 600 en toda España) y a ningún país se le conceden tantas extradiciones políticas de exiliados como a España.

La justicia tiene un gran descrédito en Euskadi. Está al servicio del Estado y de la política del Gobierno e históricamente ha ignorado los abusos de poder y la actuación policial. Denunciar y nada es lo mismo y el Ministerio de Justicia está desacreditado por partidista y por asumir el papel de encarcelar a unos y disculpar a otros. Incluso mantiene la misma estructura franquista centralizada, siendo la Audiencia Nacional en Madrid quien juzga los casos de violencia vasca, lo cual significa continuos traslados a la capital.

Es por esta percepción de país ocupado por lo que se acelera la creación y traspaso de algunos poderes a la ertzainza. Esta es una reivindicación concedida a los partidos nacionalistas vascos e incluso solicitada en su momento por ETA. Pero la policía es policía sea cual sea el color de su uniforme y la bandera que arríe, y defiende intereses similares a los que defiende la policía española. Ahora es la erzaintza quien reprime, con el rostro tapado para no ser reconocidos, quien graba las manifestaciones y manifestantes en video, quien ejecuta escuchas telefónicas, quien detiene, quien usa las armas, quien pide a la población vasca que salga a la calle cuando matan a uno de ellos pero no cuando son ellos los que matan, quienes se infiltran en movimientos sociales... y también ellos están recibiendo la violencia desde ETA y el entorno radical, porque en una sociedad pequeña (Euskadi ocupa el 3,5% del territorio español) casi todos se conocen.

Y es entonces cuando se divulga el mensaje de que hay peligro de enfrentamiento entre vascos para resaltar que se trata de un grupo que es violento por naturaleza y contra el que sólo caben las actuaciones policiales, que es tanto como decir que o los matas o te matan, porque de lo contrario habría que negociar lo teóricamente innegociable.

Etcétera, diciembre 1996

Los movimientos sociales atravesados por el nacionalismo

Preguntarnos por qué el nacionalismo vasco impregna toda la realidad de aquel territorio nos lleva a lanzar una somera mirada al pasado inmediato para comprobar como, también en Euskadi, los pactos emanados del proceso de transición política a la muerte de Franco significaron la entrada en juego de un nuevo modelo institucional que cortó de raíz la relación con los movimientos participativos y reivindicativos. Se impuso la democracia que llama de vez en cuando a votar y con ello se asentaba sin cuestionar la economía de mercado, el paro y el dirigismo de la clase política y de los sindicatos para lograr la paz social. El dirigismo, junto al consentimiento y debilidad de la clase obrera, trajo el final de las asambleas, la moderación y el pragmatismo, institucionalizando y canalizando al movimiento obrero y las luchas sociales y dejando que la vitalidad anterior languidciera.

Esta tendencia a la institucionalización y moderación que llevó a cabo una parte de la sociedad vasca también provocó que las alternativas más radicales del nacionalismo vasco no pactante intensificaran un discurso de intransigencia, basado en los ejes de que Euskadi era un país ocupado por otra nación al que no se le permitía ejercer su derecho a la autodeterminación, a la fuerte represión existente y el abandono a que se tenía sometida a la lengua vasca.

Han transcurrido veinte años desde la transición y es ese mismo discurso el que predomina, haciendo énfasis en las señas de identidad vascas para politizarlas y darles un carácter étnico que le enfrenta al “enemigo” España y a todos los pactistas. Hay tal componente ideológico en cualquier tema/acción que se lleve a cabo que incluso la política ha devenido una forma simbólica: todo es política en Euskadi y por tanto tus pareceres te colocan en uno u otro bando.

¿Hay algo más allá del nacionalismo?

La interiorización psicocultural de la identidad vasca por parte de la población hace que difícilmente puedan haber grupos que en su actividad social queden totalmente al margen de los componentes que circundan al nacionalismo. Este último presiona tanto y tan de forma cotidiana que apenas hay cabida para quedarse fuera de él y continuar siendo activo.

Criticar el nacionalismo en Euskadi es ponerse contra todo el mundo, contra los pactistas institucionales y contra el movimiento abertzale. Con la polarización existente se te clasifica casi como aliado de España, esa maldita palabra.

Por esta polarización de posiciones infranqueables, ese nosotros y ellos, te encuentras en cada acontecimiento de la vida cotidiana que tienes que definirte, que situarte. Y unas veces colaboras voluntariamente, en otras te utilizan, a veces te niegas, en ocasiones juegas y también te comprometes. Y es que el espacio social está “ideológicamente nacionalizado” y se hace difícil contemplar determinados hechos desde la otra orilla.

Movimiento sociales vascos

En Euskadi está muy arraigado históricamente el movimiento asociativo popular y se han dotado de unas estructuras estables que hace que su presencia como aglutinador ciudadano sea muy importante.

Esta implantación tradicional ha supuesto que en el imaginario organizativo ciudadano se tenga muy presente la posibilidad asamblearia y se recurra fácilmente a ella con una alta participación (puede ir desde montar una cooperativa laboral o inmobiliaria a una asociación gastronómica, pasando por el terreno cultural, deportivo, político, vecinal...). Hay un interés por lo colectivo y unido a la facilidad participativa y a las numerosas iniciativas reivindicativas, hace que en Euskadi se produzcan actividades donde actúen los numerosos grupos sociales y que en muchas ocasiones desborden a las instituciones oficiales, ejerciendo una importante presión.

En el terreno laboral hay que indicar que una quinta parte de los asalariados vascos trabajan en cooperativas, lo cual indica el fuerte arraigo que tiene esta estructura laboral en las cuatro provincias, destacando la transnacional Mondragón Corporación Cooperativa.

Somera y superficialmente se pueden ver algunos de los principales movimientos sociales que inciden y fecundan la realidad de Euskadi y que expresan la complejidad de esa sociedad.

- Probablemente sea el vinculado al **euskera** y a su difusión el movimiento que aglutina mayor militancia y actividad a lo largo de los años. La plena implantación de la posibilidad de estudiar, hablar y pensar en euskera es una tarea que tomó gran impulso a partir de los años 70 y el convencimiento de tener una lengua oprimida ha hecho que la actividad reivindicativa sea constante, imaginativa y de una altísima participación. Todavía es necesario organizar anualmente varias fiestas reivindicativas donde se llegan a reunir hasta 130.000 personas venidas de todo Euskadi y recaudar hasta 100 millones de pesetas en aportaciones voluntarias. El pueblo llega en su acción donde no quieren llegar las instituciones políticas.

- Hay numerosos grupos **ecologistas** cuya actividad ha calado en la población dadas las reivindicaciones en que se mueven. Si las movilizaciones y la actividad de ETA hicieron cerrar para siempre la central nuclear de Lemoniz, otras acciones contra la autovía de Leitzarán y el pantano de Itoiz han hecho que se les tenga presente a menudo y que tengan una importante y creciente audiencia.

También aquí las autoridades se encuentran desbordadas y superadas por los hechos, teniendo como ejemplo el pantano de Itoiz en que, a pesar de que los jueces indican que se han de parar las obras, éstas han continuado hasta que un grupo autónomo denominado “solidarios con Itoiz” sabotó las instalaciones y creó unas pérdidas económicas valoradas en 3.000 millones de pesetas y la paralización durante varios meses de las obras. Una vez encarcelados los ocho activistas, acusados de terrorismo como no podía ser menos en Euskadi, han tenido que dejarlos en libertad debido a la presión popular, negándose a pagar fianza como en un principio imponían los jueces.

- También las **Gestoras Pro-Amnistía y los familiares de presos** tienen una fuerte actividad dada su permanente problemática. Vinculados a HB y a ETA, han sido el punto neurálgico de las permanentes reivindicaciones históricas. Es un movimiento que por su dilatada experiencia –ay presos que ya llevan 18 años en la cárcel– tienen una gran capacidad organizativa, siendo capaces cada año de promover, entre otras, una caravana de autobuses con 8.000 personas para llegar hasta la cárcel de Herrera de la Mancha para, pasando todo tipo de penalidades, controles, enfrentamientos con la guardia civil, efectuar un acto simbólico en homenaje a los presos políticos.

Asimismo hay otros grupos que vierten su actividad en la defensa de los presos comunes y en torno a su problemática, sin llegar ni mucho menos a la amplitud de las gestoras.

- El grupo de **antimilitaristas y de objetores** ha sido uno de los más punteros en su temática del conjunto de toda la península. Probablemente por ese enfrentamiento instituido con la justicia, por una amplia y asumida desobediencia civil, por el respaldo que ofrece la sociedad y por las muestras de solidaridad y presión popular que ejerce, a muchos jóvenes no les ha importado ir a la cárcel por negarse a hacer la mili. En junio de 1995 había 186 insumisos encarcelados en Euskadi (y 3.500 de los 5.500 de toda España) mientras que en el resto del Estado habían 49, cifra desproporcionada a todas luces si no es por la asunción generalizada de que no pasa nada por ir unos meses a la cárcel en lugar de a los cuarteles.

Quizás sean los antimilitaristas y objetores los únicos grupos que tratan de ir más allá de los límites encorsetadores de las culturas nacionalistas española y vasca, buscando ejercer su propia actividad sin mediación aunque solidariamente.

- El **voluntariado social en ONG's** ha experimentado un incremento notable de actividad al igual que en el resto de España. Probablemente se refleje más que en otros lugares geográficos un aspecto de clase respecto a la actividad de voluntariado, teniendo mucha aceptación los países donde hay vínculos por tener deportados o exiliados: Cuba, México, Venezuela, Guatemala y el conjunto de Centroamérica.

En conjunto, el amplio mundo de la juventud vasca rezuma actividad e iniciativas quizás poco comparables con ninguna otra realidad española.

- El movimiento de jóvenes **okupas** vive en su carne las contradicciones de una sociedad urbana que se quiere moderna y que no ofrece más que marginalidad a quien no puede seguirla. Son continuas las ocupaciones de locales tanto para vivienda como para centros culturales autogestionados, teniendo que sobrellevar siempre los problemas policiales, la discontinuidad de una actividad estable y la incertidumbre del tiempo que duran las ocupaciones y sus ocupantes. Están bastante coordinados entre grupos y ya tienen numerosas experiencias en su haber, habiendo pasado de algo marginal y mal visto por parte de la población a asumirlo como una actividad más de los jóvenes en su forma de afrontar la vida.

- En los distintos frentes de actuación en que se mueve el mundo abertzale, **Jarra** efectúa una acción del tipo de guerrilla juvenil urbana, hostigando y haciendo frente a la policía/ertzaina y provocando muchísimos desperfectos en negocios particulares (bancos, empresas francesas como represalia por la entrega de refugiados, oficinas de trabajo temporal), instituciones oficiales (oficinas de parados, sedes de partidos políticos, Hacienda...) así como en mobiliario urbano (cabinas telefónicas, containers de basura, autobuses, papeleras...) dedicándose también a quemar coches de matrícula francesa y de miembros de la ertzaina.

Este hostigamiento continuo cada vez tiene más seguidores y empieza a ser un serio problema para los gobernantes. Su motivación, causar desperfectos económicos y ser un punto más de

fricción que presiona para alcanzar la negociación política entre el Estado español y ETA, busca que los diversos estamentos económicos e institucionales afectados incidan en que hay que hacer algo para parar esta sangría de desperfectos. Las pérdidas económicas causadas por las acciones de Jarrai el año 1995 ascendieron a 2.500 millones de pesetas en la Comunidad Vasco-Navarra y este año 96 llevan un porcentaje aún superior.

Por el momento sólo se plantean soluciones que tienden a la represión por parte del gobierno. El nuevo Código Penal ya prevé castigos para estos actos aunque sean hechos por menores de edad (juicios rápidos, validez judicial como prueba inculpativa de videos grabados –fácilmente manipulables– por la ertzaina, instalación de cámaras de video en las calles, obligación de pagar los padres de los menores de edad los desperfectos...) así como una actuación aún más violenta de la policía unida a un énfasis en la condena ideológica a través de los medios de comunicación vinculando a Jarrai como el embrión de los futuros activistas de ETA.

Ideología, acción y descontento van unidos en la actitud de los jóvenes radicales abertzales. El discurso ideológico es muy básico y poco maduro, alimentándose de las tesis nacionalistas más intransigentes con poca confrontación y cuestionamiento teórico, quieren la independencia y nada más: ya será Euskadi quien decida cómo se organiza y que tipo de país/sociedad elabora. La acción de agitación y movilización en la calle es lo que les distingue, reconociéndoseles una intrepidez y organización muy superior a lo esperado por su edad. Convencidos como están de que la violencia es legítima para conseguir objetivos políticos, no dudan en plantear feroces encuentros con la policía con todo tipo de armas de guerrilla urbana (cócteles, bengalas, piedras, tirachinas...), actuando en ocasiones más allá de lo que hubieran deseado los dirigentes abertzales. Una vez empiezan no es fácil pararlos pues les domina las ganas.

El descontento social existe en la medida en que una parte importante de la juventud vasca está en paro y que Euskadi es una zona muy castigada por el cierre de industrias de todos los tamaños. La juventud no puede responder a la sociedad de consumo ni al carácter productivo de ella y canaliza esa vitalidad de distintas maneras: una, no la única, es situarse en ese entorno radical que predica que el nacionalismo es la liberación y la panacea, la solución a la situación actual.

A lo anterior hay que agregar otros factores que hacen atractiva esta oferta: hay una mentalidad ampliamente difundida de “lo vasco” que hace que los jóvenes se integren en esa temática sin cuestionársela demasiado, pues al fin y al cabo es lo que han vivido durante años en casa, lo que han mamado, siendo el cultivo de los símbolos culturales una herramienta fundamental en esa correa de transmisión ideológica; la simpatía que ejerce en esa vitalidad juvenil (es una sociedad que ha fomentado la mentalidad de la fuerza física personal) la posibilidad de transgredir las leyes y sentirse amparado y protegido por una parte de la sociedad y a la vez reconocido por el conjunto de allegados ideológicos. ETA y otros movimientos radicales han ido mucho más allá de los límites de la ley, llegando a desprestigiarla y a cuestionar la obediencia al poder actual, creando esa atmósfera contestataria que hace posible la existencia de un importante movimiento de insumisos, un numeroso grupo de okupas, de ecologistas radicales, y en general un cierto desprestigio de la autoridad. En el mundo abertzale, la ley y la autoridad corresponden al enemigo y son un factor de opresión que hay que combatir.

Como sea que la fiesta está muy presente en las tradiciones vascas, que se disfruta muy intensamente por medio de la participación (la vasca es una sociedad que “vive” en la calle, donde se relaciona) ello genera una retroalimentación de la propia cultura y de sus símbolos, lo que unido al discurso radical nacionalista hace que sea un todo difícil de disociar. Se anclan las convicciones de la identidad, ya sean políticas o culturales, y con el tiempo esos valores y significados aparecen como algo natural, sustancial al ser vasco, sin tener en cuenta que los procesos de identidad se dan en la historia y dentro de ella.

- El hecho de que sea una sociedad participativa, casi militante, hace que haya mucha actividad en otros campos de lo social: hay **grupos de parados, feministas, otros vinculados a los drogadictos, asociaciones de barrio** bastante activas... no siendo, evidentemente, los grupos estancos sino que hay uniones por afinidad.

- Otro lugar donde se procura incidir con la **participación popular** es en los **ayuntamientos**. Herri Batasuna se presenta a las elecciones políticas con el claro mensaje de que no va a acudir al Parlamento español y sólo en contadas ocasiones a los parlamentos autonómicos, pero sí a los ayuntamientos por entender que es el único lugar institucional donde se puede practicar una democracia más directa con la participación de los ciudadanos. Esta filosofía ha hecho que el ayuntamiento no se vea como algo inaccesible, como lugar exclusivo de los políticos sino donde ir a quejarse, reclamar y forzar que se asuman decisiones que en otras circunstancias y lugares no ocurrirían. Hay un centenar de consistorios donde se niegan a llamar a filas a los jóvenes, que no colaboran con la institución militar, ocurriendo ello por presiones de los ciudadanos aún en contra de la legalidad.

La conflictividad vasca hace que, al igual que las personas, los ayuntamientos también se tengan que estar definiendo continuamente: ante una detención, ante la muerte de un miembro de ETA, la entrega de un exiliado, si poner exclusivamente la ikurriña y no la bandera española en fiestas, colaborar económicamente con organismos populares, ante cualquier manifiesto, etc.

- Un grupo al que le están dando mucha audición oficial por su actividad es **Gesto por la Paz**. La persistencia activa de este grupo en el tiempo sólo se entiende desde el montaje más descarado y proselitista de las fuerzas políticas vinculadas al Pacto de Ajuria Enea (firmado por todos los partidos vascos excepto HB) contra ETA y el movimiento radical.

La palabra paz es mágica para los gobernantes y la utilizan como arma ideológica para aislar a los radicales. Ponen al servicio de Gesto a los políticos, funcionarios, a la TV y periodistas para aparecer continuamente como representantes de la mayoría silenciosa vasca; financian económicamente al grupo y son a quienes han dado la exclusividad para hablar sobre el terrorismo (palabra que engloba todo) desde una supuesta participación neutral, cuando es lo que menos tiene. Se alinean con las tesis del poder y callan ante la contradicción que supone el no considerar por igual un muerto si éste es policía o de ETA, si un secuestrado está en manos de ETA o está en comisaría, si pone ETA una bomba o la ponen los cuerpos policiales enterrando en cal viva.

Proporcionalmente a lo bien mirados que están en España por la efectividad de la campaña publicitaria gubernamental, lo están de mal en los ambientes radicales vascos, aunque justo es reconocer que con sus actuaciones durante los secuestros por parte de ETA de los empresarios Julio Iglesias (117 días) y de José María Aldaya (341 días) han conseguido movilizar a una parte importante de la sociedad como no había ocurrido anteriormente.

- Otro grupo algo polémico pero con mucha más credibilidad es **Elkarri**. Nacido de las negociaciones para pactar el trazado de la autovía de Leizarán con el gobierno, y en la órbita del movimiento abertzale en sus inicios, trató de publicitar posibles salidas negociadas para el conflicto vasco. Una vez aceptado que ejerce de dinamizador de ideas, que eres escuchado en diferentes frentes y que tienes cierta credibilidad (la que te otorgan de momento ambos contendientes), a la primera ocasión que pueden te ponen a prueba. Un secuestro de ETA sirve para que los medios de comunicación presionen a Elkarri para que digan lo que quieren oír: condenar a ETA y a los abertzales. En cuanto ello ocurre, Elkarri aparece como parte de los círculos más españoles que comprenden la actuación del "país invasor". Otro día será al revés, haciéndose más que comprensivos con los abertzales y siendo mal vistos por los españoles que los denuncian como "submarinos" de HB. Y es que no se puede quedar bien con las dos partes enfrentadas para que te acepten como interlocutor válido. Últimamente se ha ampliado la polémica al concederles el Gobierno Vasco la concesión de una lotería de la Comunidad para que se financien.

Punto y seguido.

¿Y el movimiento obrero dónde está?. Pasó la transición y llegaron épocas de crisis laboral con numerosos cierres de empresas que afectaron al tejido industrial vasco, al igual que en el resto de España. La fuerza de las reivindicaciones se fue diluyendo, la contestación al cierre de grandes empresas fue ejecutado por los propios trabajadores afectados y al cerrar éstas se acabó la

contestación. Hoy, en Euskadi, hay la misma atonía reivindicativa laboral que en el resto de España: se prefiere trabajar (quien puede) y callar para quedarse como se está, siendo un precario laboral.

Hay miedo laboral a perder el puesto de trabajo, a perder algo. Hay que indicar que en Euskadi se da uno de los mayores niveles de vida de toda España, así como un gran consumo generalizado, teniendo una tasa de paro de alrededor del 14%, bastante menos que la española, aunque con gran incidencia en la población juvenil. Por lo tanto cabría indicar que en lo laboral, en Euskadi se ha impuesto la moderación y que las tensiones que se producen en la sociedad tienen más una vertiente política que no social.

En el terreno sindical la máxima afiliación se da en los dos sindicatos nacionalistas (ELA-STV cercano al PNV, y LAB vinculado a HB), a pesar de lo cual no es en lo social donde se da la batalla. Como otros sindicatos al uso, tratan de gestionar el mundo laboral negociando convenios, planes de formación, reformas laborales, etc.

Aunque una sociedad no se puede resumir

Quizás las palabras de Julio Caro Baroja, escritor y estudioso controvertido en sus opiniones personales, reflejan bien el pasado y el presente de una comunidad que camina aún con rumbo incierto, por definir: “la sociedad vasca no es rural y querría serlo, habla poco un idioma y querría hablarlo, arranca de ideales teocráticos y conservadores y los ha abandonado en la práctica; es, en fin, populista, localista y está dominada por todos los elementos peores de una economía y una técnica internacionales”.

La historia no es un camino cerrado ni predestinado a la luz del hoy, se construye día a día. Ojalá con los años se pueda escribir sobre un verdadero proyecto social emancipatorio en Euskadi, donde quede claro que la revolución política no tiene nada que ver con la revolución social, lo mismo que la igualdad política no significa igualdad social.

Etcétera, diciembre 1996

Identidad, lastre histórico y dominación capitalista

(Consideraciones y paradojas sobre la guerra nacionalista en el País Vasco)

La cuestión vasca en la actualidad ⁽¹⁾, la guerra particular que desde hace treinta años mantienen los independentistas vascos (Euskadi Ta Askatuta, ETA) y el Estado Español es una de esas cuestiones espinosas que frecuentemente, en la literatura política, se obvian. Además, la manera como los medios de información y los aparatos del Estado instrumentalizan los espectaculares atentados etarras no contribuyen sino a cargar las tintas de la emotividad sobre una cuestión cuyo trasfondo, a pesar de todo, y por descabelladas y brutales que parezcan las acciones etarras, es eminentemente político.

Demonizar a los abertzales (independentistas) como meros delincuentes puede servir para movilizar a las gentes en la liturgia del consenso, pero sólo contribuye a embrollar un poco más las raíces del problema: el problema político que supone la reivindicación de la independencia vasca. Y precisamente, la demonización de ETA y la criminalización del independentismo, tal como hacen el Estado Español, sus aparatos políticos y los medios de información, tiene por objetivo desvirtuar la naturaleza política del conflicto, reconduciéndolo hacia el terreno de la exasperación y el absurdo, a

causa del principio incuestionable de la “unidad de España” sobre el que se asienta el Estado Español.

En primer lugar, conviene tener en cuenta que la Constitución democrática de 1978 afirma la unidad e integridad del territorio nacional español, de la cual se hace garante al Ejército. La “unidad de los hombres y las tierras de España”, que era una de las consignas preferidas de la dictadura franquista, continúa siendo una de las piedras angulares de la España democrática. Es una de las concesiones que hicieron los aparatos políticos al Ejército a cambio de su inhibición en la transición al actual modelo democrático.

La conjura de silencio, la desmemoria planificada y la mistificación del pasado sobre el que se asienta el Pacto de Transición hacia el actual modelo democrático ha configurado al Estado Español en torno a una serie de tabúes. Un ejemplo: la Monarquía. Frecuentemente se olvida que la Monarquía fue reinstaurada por Franco y que el rey mismo juró los Principios del Movimiento franquista. Pues bien, el rey, al que le costó más de seis horas optar por la solución democrática durante el golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, inspirado por su antiguo preceptor, se ha erigido por obra y gracia de los medios de información en el principal artífice de la democracia. Una operación de marketing y propaganda necesaria si tenemos en cuenta que la forma actual del Estado ha sido predeterminada por la Dictadura.

Consecuencia de esa continuidad entre Dictadura y Democracia es el más sagrado de los tabúes: el de la unidad de España. Por supuesto, la formalidad democrática permite la afirmación nacionalista, como también la republicana, pero siempre que se limiten al ámbito de la simulación. Es decir, se tolera el republicanismo, pero a condición de que no combata la monarquía. Del mismo modo, la Constitución de 1978 acepta la posibilidad de un cierto grado de autogobierno (Estatutos de Autonomía), pero sólo si se mantiene en un plano testimonial que no plantee la posibilidad práctica de la independencia respecto del Estado Español.

La unidad de España es una verdadera obsesión castrense; el principio legitimador que anima al Ejército Español. Un ejército, por lo demás, en cuya hoja de servicios a lo largo de este siglo sólo contabiliza, además de los atropellos coloniales, la victoria sobre la clase trabajadora española, después de una guerra de tres años en la que contaron con la ayuda mercenaria de los nazi-fascistas europeos y los legionarios africanos. Pues bien, ese mismo ejército de la Victoria sobre los “demonios familiares españoles” (el separatismo, el comunismo, el anarquismo y la conjura judeomasónica), por decirlo con las mismas palabras del Dictador, es el garante de la Constitución de 1978. Es así, como el ejército, imbuido de una paranoia ultra-nacionalista, es el encargado constitucionalmente de velar por la unidad de la patria española.

Rechazo nacionalista de la Constitución de 1978

Si la democracia española es ya desde su nacimiento una democracia vigilada por las Fuerzas Armadas, no es de extrañar que el independentismo vasco haya sido la piedra de toque del honor militar para un ejército ultra-nacionalista. Una vez disipada la quimera del imperio español (y del vergonzoso proceso de descolonización de Guinea Ecuatorial y el Sáhara Occidental), el Ejército español se reafirmaría en un nacionalismo centrípeto, exacerbado, contra los separatistas peninsulares (vascos y catalanes). Ahí encontraron las Fuerzas Armadas franquistas un principio en torno al cual reforzar su posición y legitimar, de paso, su papel como vigilantes armados de la unidad de España, en el Pacto de la Transición.

Así, pues, la posibilidad de abordar la autodeterminación, la independencia, de cualquiera de las naciones, regiones o provincias de España quedó absolutamente excluida del Pacto de Transición sobre el que se redactó la Constitución de 1978. Nacionalistas y regionalistas aceptaron las restricciones impuestas por una Constitución redactada con lupa para no herir la susceptibilidad de las Fuerzas Armadas. Pero en el caso vasco, la situación era distinta: la existencia de una organización armada, respaldada por una parte nada despreciable de la población, que no estaba dispuesta a abdicar del derecho a la autodeterminación, volvió inoperante el pacto para la transición en el País Vasco.

Porque, a fin de cuentas, la transición no ha tenido efecto en el País Vasco, donde la mayoría de los vascos, incluidos los nacionalistas moderados que acatan el Estatuto de Autonomía, rechazaron la Constitución. De este modo, el marco referencial por el que se rige la vida política en el País Vasco ha sido impuesta por el Gobierno de Madrid, legitimado por el respaldo a la Constitución que dieron el resto de las autonomías y el acuerdo, posterior, de los nacionalistas moderados (PNV). Una vez más, había prevalecido el principio de la unidad de España.

Pero el rechazo no significó ruptura, desde luego. La peculiar manera como se ha desarrollado la vida política en el País Vasco durante estos últimos años, es la razón de que la cuestión vasca haya ido a parar al pudridero en que se encuentra en la actualidad. El Gobierno Español en ningún momento se ha planteado abordar el problema políticamente. Para ello hubiera sido necesario reconocer, ni más ni menos, la posibilidad de que se rompiera la unidad de España. Y ya se sabe: la sombra del Ejército es demasiado densa como para que permita discernir en la dialéctica de la represión y el atentado la naturaleza política del conflicto y el reconocimiento de una opción (independencia) que, viable o no en el actual sistema productivo transnacional, sería necesario reconocer como legítima.

Tampoco está de más recordarlo: la continuidad entre la monarquía democrática y la Dictadura franquista mantuvo intactos los aparatos policiales, judiciales, militares, etc. del anterior régimen. Los temibles funcionarios de la policía política franquista (BPS), igual que los jueces del TOP (Tribunal de Orden Público) siguieron cobrando su salario del Estado democrático. No hubo ni un sólo encausamiento por los atropellos, torturas y asesinatos cometidos sobre los militantes antifascistas durante la Dictadura. Unos pocos de los sicarios de más triste memoria fueron discretamente desplazados hacia nuevas responsabilidades dentro del Ministerio del Interior o encontraron acomodo en los servicios de seguridad de las empresas privadas y públicas. Pero, en líneas generales, la misma policía y los mismos métodos siguieron operando en las comisarías, y especialmente en el País Vasco, contra quienes osaran poner en solfa la unidad de España.

Desde el primer momento, el Gobierno democrático optó por la solución policial del problema vasco, manteniendo de esta manera la continuidad con lo que había sido la práctica de la Dictadura. Ni por un momento se planteó la posibilidad de una solución política, simplemente porque sería inaceptable para los militares. Contra los militantes independentistas no se escatimaron recursos ni impunidad durante el proceso democratizador.

Así fueron apareciendo grupos paramilitares, escuadrones de la muerte, etc., desde el Batallón Vasco-Español hasta el GAL, con la misión de aterrorizar a familiares y simpatizantes de los abertzales, cuando no de proceder a la eliminación física de los activistas. Altos responsables del Ministerio del Interior se encuentran implicados en la “guerra sucia” contra ETA. El GAL se ha convertido en el arma arrojadiza del PP contra el PSOE, responsable del Ministerio del Interior durante el periodo de la “guerra sucia”, pero no es más que un recurso para calentar la escena política. Pues la razón de Estado exige, en última instancia, el silencio cómplice de todos los partidos políticos en torno a la espinosa cuestión del GAL, o del siniestro cuartel de Intxaurre, etc.

Guerra de desgaste y gestión del consenso

En la cuestión vasca, el Estado Español ha optado por una guerra de desgaste en la cual lleva la iniciativa. Y a pesar de que no encara una perspectiva de resolución a medio plazo, no cabe duda que el tiempo corre a su favor. Porque el Estado Español es más fuerte y dispone de más medios, y porque, en última instancia, se asienta en la derrota de la clase obrera en 1936-39. Una derrota, recordémoslo, a la que contribuyeron la participación directa de las potencias nazifascistas, la inhibición de las democracias liberales europeas y el sabotaje estalinista. Una derrota, en fin, de los trabajadores vascos, catalanes, extremeños, andaluces, etc.

Más recientemente, el Estado Español se ha revalidado sobre una nueva derrota: la del movimiento de oposición antifranquista que, a la postre, se reveló incapaz de operar la “ruptura” con el régimen dictatorial. Por eso el Estado no tiene prisa. Se trata, en fin, de un problema

reconducir al ámbito policial que incluso se ha convertido en algo funcional en la generación de consenso dentro del sistema de partidos.

Además, el cambio de coyuntura y la capacidad demostrada por el Estado Español para recuperar, en ese caso políticamente, los atentados etarras le ha otorgado una ventaja estratégica sobre la organización independentista vasca. De ese modo, el problema de la independencia ha quedado completamente ocultado por la realidad objetivada desde los medios de información después de cada atentado. Lo que aparece, entonces, no es el conflicto político, sino el problema terrorista.

Por otra parte, la historia de ETA, que se remonta a una treintena de años delata la incapacidad de conciliar el mensaje nacionalista con la cuestión social (lucha de la clase trabajadora). La trayectoria de ETA y del conjunto del Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV) es un proceso de decantación nacionalista, donde prevalece lo mítico-etnográfico sobre lo social-político. En este sentido, la ocultación de la racionalidad política en favor de la superstición nacionalista, ETA, converge con el Estado Español, igualmente aferrado a la mitología nacional española. Son pues dos mitologías enfrentadas en torno a dos proyectos de Estado, cada uno con su respectiva legitimación rescatada de la arqueología, la mitología y la fabulación historiográfica.

En ese punto ETA y Estado Español coinciden; y aunque tengan problemas para entenderse, dialogan. Y lo hacen juramentados por una tácita consigna de silencio que les impide reconocerlo públicamente (salvo cuando algún intermediario comete una indiscreción). Pero dialogan sobre todo con un lenguaje de gestos cuyas claves se nos ocultan por ambos contendientes. Los atentados de ETA, aparentemente incomprensibles, dan la impresión de que están destinados a los interlocutores secretos del Estado Español, que tienen la clave para descifrar su significado.

Parece, en fin, como si ambos contendientes estuvieran de acuerdo en mantener vivo el problema. Un conflicto que, si bien de forma distinta, a ambos interesa alimentar. Al Estado Español porque las acciones terroristas de ETA le son perfectamente funcionales en la revalidación del consenso y en la movilización popular tras la cortina de humo del terrorismo (basta ver, por ejemplo, la extensa campaña por todo el territorio del Estado Español en favor de la liberación del funcionario de prisiones secuestrado por ETA). Una buena manera de hacer que el terrorismo sea el problema que más preocupa a los españoles, y de crear opinión pública en torno a ello, mientras se van precarizando nuestras condiciones de vida un poco más cada día.

Tampoco los independentistas vascos se han planteado a fondo, desde el aquí y ahora de la Europa capitalista, la posibilidad práctica de la realización de su proyecto de una Euskalherria independiente, cada vez más estrechamente fundado en el discurso de una identidad nacional, étnica, sin considerar la versatilidad de la identidad en las modernas sociedades capitalistas.

Quizás eso contribuya a explicar por qué el conflicto vasco, gracias al Estatuto de Autonomía, se ha ido reduciendo a un problema de orden público interior al propio territorio vasco. Una muestra más de que la iniciativa estratégica en la gestión del conflicto está en manos del Gobierno de Madrid. Lo que, en un principio, se presentara como un litigio entre el pueblo vasco y el Gobierno de Madrid, ha tomado el cariz de un conflicto civil vasco. Incluso en la reivindicación de autogobierno, el Estado Español parece haber llevado la delantera. El repliegue de las fuerzas policiales dependientes del Gobierno de Madrid y su sustitución por una policía autónoma y euskaldún (Ertzaintza) se ha vuelto contra los mismos independentistas.

Lo que aparentemente era una reivindicación radical contra las fuerzas policiales del Gobierno Español (“¡que se vayan de Euskadi!”) se ha revelado como una jugada maestra de los estrategas del Ministerio del Interior de Madrid en colaboración con la burguesía nacionalista vasca representada por el PNV. Ahora son vascos los que reprimen a los vascos. ¿Pensaban acaso los abertzales que las cosas serían de otro modo? Desde luego, un Estado, aunque sea en ciernes, necesita un eficiente aparato policial. Así lo ha entendido el PNV que, dada su desconfianza hacia el aparato policial español, envuelto en una verdadera guerra de gangs, se ha preocupado de montar su propio servicio de información y control.

Las contradicciones en que se ve atrapado el independentismo vasco no son otras que las de su incapacidad para romper la lógica impuesta por el Estado de Madrid. Ruptura que sólo sería posible mediante un dimensionamiento del discurso y la práctica que sintonicen con la subjetividad real (generada del proceso de proletarización en Euskalherria y los problemas culturales, lingüísticos, convivenciales que comporta) y no simplemente con la subjetividad mítico-simbólica.

Dos razones de Estado: la “nacionalización” del conflicto social.

Pero el camino emprendido por ETA y el independentismo ha sido exactamente el contrario. Afianzarse en la razón de Estado. De ahí que el contencioso entre ETA y el Estado Español haya quedado reducido a dos razones de Estado enfrentadas. Dos razones de muerte, porque el Estado, en última instancia, no es sino eso: administrador de muerte. Dos razones de Estado cuya correlación de fuerzas las hace cumplir dos papeles formalmente diferenciados. El Estado (español) constituido administra el terror (la tortura, la represión, la humillación y la muerte), mientras el Estado (etarra) constituyente aparece como representación espectacularizada del terror, o sea, como práctica terrorista. Son dos razones de Estado que se reconocen mutuamente en la dialéctica rutinaria de la muerte

La transición se ha saldado con la desarticulación del proceso de autonomización proletaria que paradójicamente, en el caso del País Vasco, se ha llevado a cabo por la doble acción del Estado (represión, reestructuración, droga) y por la voluntad monopolizadora del movimiento abertzale que cercenó la posibilidad de que el propio movimiento autónomo, que adoptaba una especial efervescencia en el País Vasco, se enriqueciese con los contenidos que los procesos de movilización obrera y popular apuntaban (movimiento ecologista, antimilitarista, organizaciones de mujeres, cierre de la central nuclear de Lemóniz, huelgas obreras).

La tarea desactivadora de los movimientos radicales, que en el resto del Estado Español realizaron partidos políticos y sindicatos, en el País Vasco contaron además con el afán hegemónico del MLNV. Una vez más se repetía el proceso de subordinación piramidal de los movimientos de masas a los aparatos políticos y de éstos a los aparatos militares (ETA). Una vez más, también, se pone de relieve que, en las guerras nacionales, la única opción aceptable desde la tradición crítica y emancipadora es la de los desertores; o sea, la de la insumisión de los hombres y mujeres a quienes se chantajea desde las dos razones de Estado en juego.

Sin embargo, el resultado real sería una pérdida real de la capacidad movilizadora, incluso, de la propia oposición abertzale (las huelgas en las zonas industriales cada vez que moría un militante vasco en enfrentamiento con las fuerzas represivas son ya historia). A pesar de que el sindicato abertzale LAB ha aumentado su afiliación, el movimiento social ha disminuido, limitándose a las acciones callejeras de Jarrai, dentro del círculo vicioso acción represiva (de la Ertzaitza)-acción antirrepresiva (de los jóvenes).

La labor del Estado Español y también los nacionalistas, que han sido incapaces de adecuarse a las condiciones cambiantes de la subjetividad proletarizada vasca, son los que han contribuido a la desmoralización y la desmovilización de los movimientos sociales vascos. De ahí que también en este terreno, el Estado español haya pasado a la ofensiva en el propio movimiento social de cara a potenciar el aislamiento y la criminalización del movimiento independentista.

Identidad reminiscente y dominación capitalista.

El intento por conciliar la dimensión social-emancipatoria y la social-nacional da como resultado la paradoja. Así, la legítima afirmación de la lengua y cultura de Euskalherria, al realizarse en el marco de la herencia ideológica del nacionalismo, tiende a ubicarse fuera de la dinámica histórica concreta, determinada por la materialización del proceso del Capital en el País Vasco; es decir, tiende a obviar el matiz fundamental de que la españolización de la cultura vasca ha sido propiciada por el Estado Español, en efecto, pero por el Estado capitalista español que encontró en la burguesía industrial vasca un aliado.

Porque, ¿de qué estamos hablando cuando nos referimos al derecho de autodeterminación del pueblo vasco?, ¿del derecho de unos profesionales de la política a gestionar y administrar la vida, lengua y cultura de sus congéneres, cuya identidad se funda en la fabulación mítico-arqueológica de un origen (prehistórico) común, o de la autodeterminación de la subjetividad vasca que busca la emancipación de las trabas que le impiden ejercer la libre determinación de su propio proyecto existencial? ¿Es posible una afirmación de la identidad en clave estrictamente nacionalista sin que, más tarde o más temprano, derive hacia una práctica tan perversa como la llevada a cabo por el Estado Español en el proceso de españolización de la Península Ibérica y sin que conlleve un proceso de depuración étnica o de reetnificación, como sucede en los Balcanes?

Es en este punto donde se hace perentorio un esfuerzo de radicalidad política e intelectual por parte de quienes se hallan realmente comprometidos en la lucha por la autoafirmación de lo vasco. Porque la condición vasca real no es la que hunde sus raíces en la comunidad mítica de Túbal, sino la resultante del proceso histórico de la dominación (formal, inmediata) del Estado Español y de la penetración de las formas capitalistas favorecidas por aquél. La dominación (real) del capital aparece, de este modo, como la forma de dominación mediata de la subjetividad vasca. Las vicisitudes que han conducido a la actual situación de la lengua y cultura vascas no se explican únicamente por la acción represora de la españolidad, sino en virtud del proceso general de transformación de Euskalherria como país capitalista dentro del Estado Español. En este sentido, retraerse hacia la identidad reminiscente, fundada en un supuesto origen común rescatado de la historiografía, la arqueología y la mitología, podría entenderse como un anacronismo mistificador de las identidades del presente, forjadas en la dinámica conflictiva de las relaciones sociales capitalistas.

Son las formas de la dominación del capital, generadoras de identidades vinculadas a la circulación general de mercancías, las que arrinconan, en última instancia, la cultura vasca, haciéndola aparecer como algo ancestral y anacrónico frente al discurso modernizador, perfectamente sincronizado con la evolución del capital transnacional, del Estado Español que ha sacado partido de la ventaja histórica que supone el ejercicio del Poder y su consolidación como Estado internacionalmente reconocido. Es así como el Estado español escamotea su propio atavismo ultranacionalista bajo una práctica capitalista abierta a las más modernas formas de la dominación transnacional capitalista. De este modo, el nacionalismo español, en cuanto garantizador del “orden interior”, es perfectamente funcional dentro del denominado mercado global.

De ahí que sea necesario un acto de radicalidad crítica para articular la autodeterminación de la subjetividad vasca (de su lengua, cultura y formas de organización social); es decir, de la subjetividad que se quiere realmente para-sí, desprendida de las connotaciones españolizadoras tanto como de las vehiculadas por la dominación del capital, que decreta la disolución de todas las formas culturales reminiscentes. En este sentido, la afirmación de la identidad vasca (pero también la de las demás colectividades) sobrepasa los términos de la identidad nacional, nostálgica y trascendente, para constituirse como identidad cuya naturaleza es inseparable del hecho capitalista. Es decir, de la capitalización de la subjetividad, en virtud del cual toda experiencia humana tiende a convertirse en valor de cambio, en forma de mercancía, y la condición humana misma aparece sustancialmente reducida a la forma de ser fuerza de trabajo, valor de cambio dentro del proceso transnacional de producción de mercancías que subsume los rasgos reminiscentes de la identidad pretérita.

Frente a esta realidad de la dominación totalizadora del capital, ejecutada por el Estado Español, la intervención emancipadora exige renunciar a la nostalgia y el prejuicio de una identidad fundada en la mitificación trascendente del lugar en que nos nacemos y de la lengua en que nos adiestran a acatar las leyes de la costumbre y la tradición. Desmitificar la lengua para recuperarla en la práctica real y comunicativa de las gentes, más allá de su instrumentalización como categoría fetichizada del espíritu nacional.

Después de la reestructuración industrial y sus brutales consecuencias para la juventud proletarizada vasca, el único espacio que canaliza el malestar social es el movimiento abertzale, única expresión política que mantiene la insubordinación contra el Pacto de Transición. De ahí que quepa hablar del movimiento abertzale como el epifenómeno de una realidad social mucho más compleja. En este sentido, el nacionalismo radical vasco oculta mucho más de lo que muestra, al tiempo que el esquematismo nacionalista encorseta y mistifica la potencialidad de un movimiento que, a pesar de todo, se percibe mucho más rico en posibilidades y experiencias de lo que la simple lectura en clave nacionalista podría dar a entender.

Etcétera, diciembre 1996

(1).- Aunque el nacionalismo vasco tiene su origen a finales del siglo pasado, el movimiento independentista (ETA) nace como consecuencia de una escisión de las juventudes del Partido Nacionalista Vasco en los primeros años sesenta, en sintonía con los movimientos de liberación nacional presentes en diversos países del mundo en aquel tiempo.

La lucha de clases en la Baja Andalucía (Provincia de Cádiz) 1995-1996.

Trato en este artículo de algunos episodios de la lucha de clases en la Baja Andalucía, más concretamente, en la provincia de Cádiz durante el pasado año. Aunque tengan rasgos regionales específicos, vinculados al nivel de paro más alto de Europa (43% en Jerez¹ y en Cádiz²) y a una pobreza excepcional (sólo 3 ó 4 regiones de Europa son más pobres), estas luchas expresan perfectamente el ciclo de luchas actuales a nivel estatal e internacional³.

En Andalucía se encuentran la mayoría de los rasgos de la crisis mundial contemporánea. Es el punto de entrada en Europa para los inmigrantes del Magreb y del África negra, este grupo humano es cada vez más grande y para ellos parece preferible la cárcel de Ceuta que el vacío social y económico de sus propios países. Andalucía tiene un paro masivo (34.8%, mucho más alto para los jóvenes) y una precariedad económica de dimensiones desconocidas en el resto de Europa. Se impone el mismo Malthusianismo demográfico. El obrero típico con trabajo fijo tiene 40 años o más. En Andalucía, aún más que en el resto de España (y a diferencia de Europa del Norte y de EE.UU.), la familia sustituye al “estado de bienestar” cada vez más frágil, y en ocasiones 6, 7 o más personas viven de un salario o de una pensión.

La izquierda radical y el movimiento obrero en Andalucía tienen una historia a veces distinta a la de los movimientos paralelos en Madrid, Barcelona, Asturias o Euskadi. A diferencia de estas regiones del norte, el golpe franquista de Julio 1936 tuvo un éxito inmediato en casi toda Andalucía, y fue consolidado enseguida con una oleada de represión y ejecuciones de socialistas, comunistas, anarquistas y republicanos en general por legionarios españoles y mercenarios marroquíes como punta de lanza. Aunque unos militantes lograron llegar clandestinamente a las líneas republicanas y fueron combatientes en la guerra civil, el radicalismo social andaluz fue reprimido casi sin batalla y entró en una profunda clandestinidad durante más de 25 años.

Las causas de la debilidad del radicalismo andaluz frente al golpe militar franquista son muchas y han sido muy debatidas. Muchos militantes de izquierdas en Andalucía hoy explican la derrota unilateral por las debilidades inherentes a la descentralización del anarquismo en particular, enfrentado a unas tropas de élite con mucha experiencia en las guerras de Marruecos durante los

años 20, capaces de utilizar con éxito unidades pequeñas y una superioridad material muy grande. Pero por las razones que sean, hubo una discontinuidad casi total entre la izquierda radical anterior a la guerra y las corrientes que empezaron a surgir en las luchas de la clandestinidad de los años 60.

No obstante, casi al mismo tiempo que los mineros asturianos consiguieron, mediante su huelga mejor conocida, imponer el primer auténtico convenio colectivo en España desde 1939, los obreros de las bodegas jerezanas lograron el suyo en el mismo año 1962. En los años 60 las organizaciones clandestinas se implantaron en las bodegas, en la vendimia jerezana y también en los astilleros de Cádiz y de Puerto Real. Los obreros de estos ramos estaban más orientados hacia la USO (Unión Sindical Obrera), que entonces era de extrema izquierda, que hacia Comisiones Obreras (CCOO), pero un núcleo de la CNT pudo también implantarse en los astilleros de Cádiz y fue capaz de jugar un papel en la lucha de 1995. A partir de 1975 y el fin de la clandestinidad, la USO evolucionó hacia la derecha, y muchos de sus militantes en Jerez y en otros lugares acabaron afiliándose a CCOO, muchos otros lo hicieron a la CGT tras su escisión de la CNT en 1980. En Huelva, un núcleo de jesuitas radicalizados y de maoístas lanzó el Sindicato Unitario (SU) a mediados de los años 60, que existe todavía hoy como sindicato radical independiente.

Andalucía, como Extremadura y Galicia, es desde hace mucho tiempo una tierra de emigración. Desde la liberalización de 1958 a la crisis de 1973-1975, la emigración se dirigió hacia el norte de España (Madrid, Barcelona) y hacia Europa. Cuando empezó la crisis se acabaron las posibilidades de ir al extranjero y comenzó la vuelta masiva de gente, produciendo un nivel astronómico de paro, desde mediados de los setenta, al que no se ve el fin. Andalucía sigue siendo también la tierra de la “emigración interior”, con más de 200.000 jornaleros que se trasladan cada año por la región recolectando durante meses determinados⁴.

Andalucía, dentro de España, tiene un peso desproporcionado en el conjunto de las organizaciones de la izquierda oficial. Incluso en las elecciones a nivel estatal en marzo de 1996, que ganó el PP, el voto combinado del PSOE⁵ y de la coalición electoral Izquierda Unida (IU) en la provincia de Cádiz era del 61%, y más del 63% en toda Andalucía. Sólo una quinta parte de la población española vive en Andalucía y no obstante un tercio de los delegados del congreso del PCE en diciembre de 1995 eran andaluces. El gobierno del PSOE de 1982-95 tenía también una presencia “andaluza” muy alta⁶.

El PSOE domina en Andalucía, hasta el punto que el término “Napoleonización” ha sido aplicado a su hegemonía clientelista⁷. Por la administración del PER y otros fondos regionales y locales, el PSOE es capaz de movilizar este apoyo, como hizo en las elecciones de 1996, explotando el miedo a la “derecha”. Este poder político es de gran importancia para el control de luchas obreras, que se solucionan cada vez más con fondos estatales para la reestructuración de empresas y para subvencionar prejubilaciones y despidos.

La lucha de los Astilleros de Cádiz (julio-octubre 1995)

Una de las luchas obreras más militantes de los últimos años en Andalucía fue la de los astilleros de Cádiz⁸. En los momentos más agudos de la última movilización en otoño de 1995, los obreros de astilleros y la población en general en su apoyo pelearon durante semanas contra la policía antidisturbios; en la manifestación más grande de apoyo, cien mil personas tomaron la calle. En la noche del 14 al 15 de septiembre millares de obreros levantaron barricadas e incendiaron negocios en todo Cádiz.

Los obreros de los astilleros de Cádiz se habían enfrentado al Gobierno en contra de varios planes de reestructuración y despidos desde mediados de los 80, en el ciclo más general de luchas contra las reestructuraciones industriales del gobierno del PSOE, que afectaban a los astilleros de toda España. En su apogeo, a mediados de los años 70, los astilleros de Cádiz y de Puerto Real⁹ empleaban directamente 5.000 obreros y 3.000 más en industrias auxiliares. Después de varias luchas en 1995 quedaron solo 2.100 en los astilleros. Los sindicatos dominantes, CCOO y UGT, aceptaron varias veces prejubilaciones y despidos reduciendo la plantilla. CGT y CNT, con mucho menos apoyo en la base, se opusieron a negociar cualquier despido¹⁰.

La lucha de los astilleros de Cádiz de 1995 empezó en julio con una huelga de un día y la movilización de 100.000 personas como aviso frente a una nueva oleada de despidos por parte de la División de Construcción Naval (DCN), que es la gestora estatal de los Astilleros Españoles. Desde julio hasta septiembre los trabajadores, en acciones de advertencia, cortaron el puente entre Cádiz y Puerto Real dos o tres veces por semana con barricadas ardiendo. El 4 de septiembre en la zona de la estación de RENFE se incendiaron dos coches de tren. El 7 de septiembre la policía antidisturbios cargó contra una manifestación en Sevilla hiriendo a dos manifestantes.

El 14 de septiembre el gobierno del PSOE en Madrid anunció por fin el plan brutal de reestructuración esperado desde hacía mucho tiempo, cerrando Astilleros Españoles en Cádiz y en Sevilla (estos últimos empleaban 500 obreros), privatizando los de otros sitios (Vigo, Gijón y Santander) y reduciendo la plantilla en los demás en un 50%¹¹. Esa misma noche, como hemos indicado, millares de obreros se levantaron en Cádiz¹² prendiendo fuego y enfrentándose a las furgonetas de la policía venida de Sevilla. Para colmo incendiaron la sede del PSOE en la plaza de San Antonio. Enfrentamientos paralelos estallaron en Sevilla. En la noche del 15, cuando la policía logró imponerse en Cádiz, 10 sucursales de banco habían sido destrozadas, 20 negocios habían sufrido daños, se habían provocado 86 fuegos, 80 semáforos se habían roto y 134 contenedores habían sido volcados y utilizados en la construcción de barricadas. En muchas de esas acciones los obreros recibieron el apoyo directo y táctico de la población de Cádiz y Puerto Real que desde sus pisos lanzaban objetos de todo tipo sobre la policía antidisturbios en la calle.

Pero desde el principio la lucha era vulnerable a la manipulación de la clase política gaditana y andaluza. El poco eco que encontraba la lucha en los medios de comunicación de Cádiz, estatales e internacionales le impidió molestar las maniobras de la precampaña electoral nacional. Mientras el gobernador civil socialista de la provincia de Cádiz, como se podía esperar, denunció las acciones obreras como “una salvajada que no tiene justificación”¹³, la alcaldesa de derechas, la popular Teófila Martínez, apoyada por los políticos más destacados del PP andaluz y miembros de la jerarquía de la iglesia gaditana, apoyó el movimiento (como si un gobierno del PP no tratase de hacer el mismo tipo de recortes) y participó en una de las manifestaciones más grandes, transformando así el movimiento en algo similar a una “unión sagrada” para salvar la ciudad.

Otro enfrentamiento violento tuvo lugar el 19 de septiembre, cuando los obreros de astilleros cerraron de nuevo el puente Carranza en la Bahía de Cádiz, otra vez con el apoyo táctico de los barrios obreros, hubo enfrentamiento todo el día en el puente. La policía antidisturbios utilizó gas lacrimógeno y bolas de goma, los obreros tirachinas, pernos, tuercas, varillas de soldadura, cócteles molotov y puntillas. El mismo día 19, los dirigentes del PSOE gaditano celebraron una reunión en su sede bajo protección de la policía para anunciar que ellos también apoyaban el movimiento, pero que “rechazaban firmemente la violencia” como medio de protesta. El 23 de septiembre la CNT en Puerto Real denunció el control estrecho del movimiento por CCOO y UGT¹⁴. Los enfrentamientos seguían el 26 de septiembre, con 3 obreros y 16 policías heridos, mientras los sindicatos y el gobierno se encontraban en Madrid para discutir la crisis. En este momento 1.000 obreros de la fábrica de General Motors de Puerto Real entraron en la lucha, quemando una efigie de Felipe González. Se cortaron las autopistas y las vías del tren con barricadas de fuego. El 30 de septiembre el gobierno y los sindicatos anunciaron un acuerdo en Madrid. Los 1.300 despidos anunciados en julio habían sido reducidos a 800 prejubilaciones y se evitó el cierre definitivo de los astilleros de Cádiz y de Puerto Real. En octubre este acuerdo fue aprobado por una mayoría amplia de la plantilla¹⁵.

La lucha contra los despidos de Jerez Industrial (JISA), 1995-1996

En febrero de 1994 la empresa de artes gráficas Jerez Industrial suspendió pagos por un valor de unos 2.800 millones de pesetas (\$23.3 millones) y anunció un plan de reestructuración despidiendo 180 de 410¹⁶ obreros en Jerez de la Frontera. JISA produce etiquetas y cajas para las bodegas jerezanas, que por su parte habían despedido a millares de obreros en los últimos 15 años. De hecho, tres grandes bodegueros controlaban una mayoría de las acciones de JISA y quisieron

practicar en ésta la misma racionalización que ya habían impuesto en las bodegas¹⁷. En abril de 1995, no obstante, la empresa cedió a la presión sindical¹⁸ y aceptó un plan con 60 prejubilaciones y 22 despidos.

Sin embargo, en septiembre de 1995 JISA anunció nuevas y grandes pérdidas en el primer trimestre y propuso 132 nuevos despidos. El 28 de septiembre, mientras en la cercana Cádiz la crisis llegó al máximo, los obreros de JISA quemaron copias del plan en la plaza central de Jerez, anunciando además la intención de vincular su lucha con las de Puleva y La Casera, también en peligro de despidos masivos, hubo una movilización general el 26 de octubre¹⁹. El 30 de octubre los obreros de JISA cortaron la autopista nacional IV (que pasa por Jerez) por primera vez quemando barricadas²⁰. El comité de empresa acusó a JISA de fomentar la crisis para esconder su mala gestión y obtener fondos estatales para la especulación inmobiliaria. Los obreros manifestaron su disposición a discutir un plan de reconversión, de reorganización interna, y de innovación tecnológica de la empresa para aumentar su competitividad²¹. El 7 de octubre trabajadores de JISA y de Puleva, gran empresa lechera amenazada también con muchos despidos, quemaron barricadas ante la fábrica Puleva. El 14 de octubre cortaron de nuevo la nacional IV²². Esta actuación culminó en una gran manifestación de la clase obrera jerezana el 26 de octubre, reivindicando la retirada de los despidos en la ciudad.

Sin embargo, el 19 de diciembre, las negociaciones de JISA acabaron en fracaso total, el comité acusó a la Junta de Andalucía de reirse de ellos y subrayaron que querían trabajo y no jubilaciones o una cooperativa con maquinaria obsoleta, con la cual acabarían todos en la calle en un par de años.

El 3 de enero el comité de empresa se reunió de nuevo con la administración de JISA escuchando otra oferta inaceptable. Minutos más tarde, los obreros que esperaban en la calle encerraron a todos en la empresa con barricadas, donde permanecieron hasta la llegada de los antidisturbios desde Sevilla. Anunciaron una serie de huelgas. El 4 de enero unos trabajadores se encadenaron a un edificio de la empresa en otro barrio de la ciudad. El 8 de enero se cerró la empresa con una huelga de un día. El 9 de enero los obreros intensificaron su lucha cerrando la estación de tren de Jerez durante dos horas hasta la llegada de la policía. El 12 de enero cortaron de nuevo la nacional IV. Unos días más tarde el comité de empresa y los representantes de JISA se reunieron con el ayuntamiento de Jerez para discutir un nuevo plan de reestructuración. El 19 de enero entró también la Junta de Andalucía en las negociaciones, abriendo la posibilidad de un rescate estatal de JISA. El nuevo plan incluía 80 prejubilaciones y 36 despidos con compensación económica para obreros de 53 o más años. Esta evolución aceleró la politización de la lucha de JISA, pasando a ser cuestión en las elecciones generales del 3 de marzo, ya que el PSOE quería a cualquier precio renovar su imagen como partido "obrero". A finales de febrero, sin embargo, JISA no había conseguido los 560 millones de pesetas que debían ser su contribución a las prejubilaciones, el 1 de marzo se atrasó la solución final para después de las elecciones. En el acuerdo final, firmado en mayo del 96 fueron prejubilados 80 obreros de 53 años o más de edad y 36 recibieron 7.750.000 pesetas cada uno como indemnización por despido²³.

La lucha contra los despidos en Puleva (Jerez-Granada)

La reestructuración y el rescate de la empresa láctea andaluza es la lucha menos interesante y menos dramática de las consideradas aquí. Con alguna diferencia siguió una trayectoria parecida a las de Astilleros de Cádiz y Jerez Industrial. La empresa anuncia el peligro de bancarrota y la necesidad de despidos masivos para evitarla. La movilización obrera, en este caso controlada por CCOO, y un acuerdo rebajando los despidos (208) y mejor indemnizados. Como en el caso de JISA empezó la crisis con la suspensión de pagos (abril 1994). Se acabó en la primavera del 96 cuando la Junta de Andalucía garantizó 730 millones de un plan de reestructuración de 1.100 millones de ptas. y el mantenimiento de 582 puestos de trabajo. Una vez cumplido este rescate por el estado, Puleva anunció 3.000 millones de nuevas inversiones al amparo de un consorcio de bancos españoles y extranjeros.

Conclusión

Las tres luchas consideradas aquí (Astilleros de Cádiz, JISA y Puleva) entran en el ciclo de luchas que se inició en España con la transición posfranquista, los pactos de la Moncloa entre CCOO, UGT y la patronal, y sobre todo desde que el gobierno PSOE (1982-1995) comenzó su programa de reestructuración industrial una vez consolidado el poder. Aunque los obreros no tenían ninguna inhibición para utilizar la violencia y las tácticas ilegales, estas luchas nunca superaron el cauce sindical, a diferencia de las luchas de la época 1975-1977. Hubo mucho menos enfrentamiento entre la base y el aparato sindical que en la época anterior. Estas fueron luchas de la clase obrera constituida en los años 60 y 70, en su gran mayoría hombres con 40 años o más, luchando por mantener sus puestos de trabajo o negociar una mejor indemnización en los despidos. Los objetivos de este tipo de lucha son perfectamente comprensibles, pero son también luchas que no abren ninguna nueva perspectiva para la clase obrera en su conjunto. Se parecen en el fondo a otras luchas en España aún más militantes, como la de once años (1985-1996) que consiguió impedir el cierre de los astilleros de Gijón, o también las luchas contra el cierre de minas de carbón asturianas en 1992²⁴. Aunque todas estas luchas (como las que tuvieron lugar contra la reconversión industrial en Vizcaya) no tuvieron el éxito de las que hemos descrito en impedir despidos y en ganar jubilaciones, los acuerdos alcanzados han sido en general posibles por los subsidios nacionales, regionales y locales y por el apoyo de la clase política local, sea de izquierdas o de derechas²⁵ con el objetivo de comprar la paz social a través de una expansión del endeudamiento estatal. Estas luchas fueron también muy apoyadas por el resto de la población obrera, que reconoce perfectamente el carácter “emblemático” de estos obreros relativamente de élite, cuyos sectores son a veces (como en el caso de los astilleros de Cádiz) la única vida económica de pueblos y de ciudades enteros. Con pocas excepciones, no atacan en absoluto el abismo cada vez más grande entre esta élite cada día más vieja y el resto de la clase obrera, cada vez más atrapada en el mercado laboral temporal y en los “contratos basura”, obligados a vivir con sus padres (que son muchas veces los mismos obreros de la vieja élite) hasta los 30 años o más. En regiones como Asturias ya vive más gente de pensiones que de salarios. Tal situación no puede continuar por mucho tiempo y tampoco acuerdos de este tipo pueden aceptarse por el capital por mucho tiempo. En el fondo, luchas de este tipo son versiones en pequeño de enfrentamientos como la huelga general en Francia de noviembre-diciembre de 1995. En todos estos casos los obreros luchan a la defensiva para conservar lo que ya tienen, intentando mantener el viejo “contrato social” cuando los capitalistas ya lo han abandonado y han cambiado todas las reglas de lucha. Son luchas honradas y valientes en la guerra de clases, pero que no resuelven en absoluto el problema fundamental en la actualidad, es decir, como superar los viejos métodos y encontrar formas de lucha adecuadas al nuevo mundo neoliberal. En el mejor de los casos (como el de los conductores de autobús de Madrid) utilizan unas tácticas que tuvieron éxito en la fase anterior de expansión, pero que funcionan cada vez menos. Ningún régimen capitalista en Europa occidental ha avanzado tanto como EE.UU. y Gran Bretaña en romper la capacidad de los obreros para ganar en luchas sectoriales, pero todo indica que todos los demás se preparan para hacerlo²⁶.

Reconocer que los viejos métodos ya no funcionan ha creado, en Andalucía como en el resto de España, una polarización entre los sindicatos “mayoritarios” CCOO y UGT por un lado, y los sindicatos más pequeños y más radicales por otro; en Andalucía estos últimos incluyen al SOC (Sindicato de Obreros del Campo), CGT, CNT, SU y USTEA²⁷. Pero mientras estos grupos son cada vez más capaces (y esto en toda España) de ganar elecciones sindicales y de oponerse a los sindicatos mayoritarios²⁸, tampoco son capaces de ofrecer nuevas ideas de estrategia y táctica más allá de ser más combativos dentro del marco sindical²⁹, un marco que no ofrece nada a la masa creciente de obreros jóvenes, atomizados en la pesadilla neo-liberal de paro y de trabajos temporales.

Loren Goldner, octubre 1996

1- En Jerez de la Frontera, por ejemplo, el 22,4% de los hogares viven bajo el nivel mínimo de pobreza, definido como 43.000 ptas. (\$350) por persona al mes ('Diario de Jerez', 8/3/96) comparemos con la media estatal de 86.000 ptas.. (\$700) ('Diario de Jerez', 26/4/96). El nivel de paro en toda Andalucía era del 34,9% al final de 1995 ('El País'-Andalucía, 11/12/96).

2- El 'Wall St. Journal' publicó el 4/12/95 un artículo en primera página sobre Cádiz como la capital del paro de Europa Occidental.

3- Este artículo no pretende en absoluto ser definitivo. Está basado en datos de varias fuentes, sobre todo en conversaciones con militantes en la Baja Andalucía en 1995-1996. Utiliza dos o tres luchas "ejemplares" para ilustrar corrientes más generales.

4- Según el PER (Plan de Empleo Rural), un jornalero debe trabajar 40 días al año en la cosecha para conseguir el subsidio de paro el resto del año. Con este sistema, el jornalero es vulnerable a todo tipo de manipulación y de clientelismo local, porque tiene que certificar cada día que trabaja con la firma del jefe, y en la práctica esto no se hace muy a menudo, o se hace por un porcentaje del salario. El convenio exige un salario de miseria de 4.200 ptas. (\$32) por jornada de 6 horas, pero las horas de trabajo y el salario pueden ser manipulados por el patrón. El SOC (Sindicato Obrero del Campo) ha conseguido imponer el convenio en las pocas zonas donde tiene influencia, y ha utilizado también la acción directa (como la paralización de la estación de ferrocarril Santa Justa de Sevilla) contra las tentativas de desmantelar el PER. En abril 1995, 190.677 jornaleros cobraban el PER, el 44% de los andaluces recibían subsidios de desempleo de cualquier tipo ('El País'/Andalucía 24-12-95). Casi inmediatamente después de su triunfo electoral en marzo 1996, el gobierno del PP anunció planes de "modificar" el PER ('El País'-Andalucía, 2-4-96).

5- Suponiendo naturalmente que un voto del PSOE puede considerarse "de izquierdas".

6- Así se explica a menudo la falta relativa de un nacionalismo militante en la Andalucía de hoy por más pobre que sea, a diferencia de zonas distintas como Euskadi, Cataluña, Galicia y Canarias.

7- Según el Ministerio de Trabajo y de Seguridad Social, casi un cuarto de la población andaluza recibe alguna forma de subsidio del gobierno (El País/Andalucía, 24.12.95).

8- Astilleros Españoles S.A. es la empresa estatal de construcción naval que mantiene filiales en varios puertos de España.

9- Los de Puerto Real construyen barcos, los de Cádiz se utilizan hoy sólo para reparaciones.

10- Un tema constante en las luchas andaluzas contadas en este artículo y en las del resto de España es el enfrentamiento entre los sindicatos mayoritarios (CCOO y UGT) y los sindicatos más pequeños y militantes sobre como solucionar las crisis de las reestructuraciones. En las luchas consideradas aquí (astilleros de Cádiz, Jerez industrial y Puleva) ciertos despidos se evitaron o se pagaron prejubilaciones y despidos sólo con el apoyo financiero de la Junta de Andalucía y de los ayuntamientos. CGT y CNT han criticado muy duramente este tipo de acuerdos utilizando fondos públicos mientras las empresas no pagaban nada o casi nada.

11- En el momento de los despidos el comité de empresa lo formaban 11 delegados de CCOO, 11 de UGT y 3 del CAT (Comisiones Autónomas de Trabajadores), una corriente surgida en la época de la clandestinidad y de la transición. La CNT, sin delegados en el comité de empresa, mantenía sin embargo una verdadera presencia de unos 100 afiliados y una influencia real en el movimiento.

12- Entre 6.000 y 8.000 obreros eran la punta de lanza en esta fase de la lucha.

13- 'Diario de Cádiz', 15/9/95.

14- "Traicionan al trabajador al negociar con cinco mil despidos sobre la mesa" ('Diario de Cádiz' 25/9/95) "...aquí se han hecho muchas asambleas populares, en todas se ha preguntado si alguien quería intervenir y han votado las propuestas existentes, cosa que no hizo el comité de Matagorda, que está por una lucha controlada donde no haya participación de los trabajadores para que decidan lo que quieren hacer."

15- Casi inmediatamente después del acuerdo, los astilleros de Cádiz firmaron contratos para reparar barcos para todo el año 97 y 98, lo que hizo sospechar una maniobra del gobierno para agudizar el clima de crisis, mientras los astilleros privados de Huelva habían contratado durante todo 1995 sin problema. En la primavera del 96 se ofrecieron en los astilleros de Cádiz 300 puestos de aprendizaje y 4.500 jóvenes acudieron para solicitarlos.

16- Al principio de la crisis Jerez Industrial mantenía sus actividades en ocho ciudades de España; el plan de reestructuración se concentró todo en Jerez. Militantes de CGT opinaban que la empresa había utilizado una contabilidad ficticia para que la empresa de Jerez apareciese inviable.

17- El ayuntamiento de Jerez anunciaba planes para construir 500 pisos en los edificios de las antiguas bodegas jerezanas durante la lucha de JISA, ('Diario de Jerez' 26/12/95).

18- JISA excepcionalmente era una de las pocas empresas en la provincia de Cádiz donde CGT tenía una seria implantación en el comité de empresa (de 27 delegados, 9 de CGT, 9 de Comisiones y 9 de UGT). En junio de 1995 la CGT aumentó su representación y pasó a ser mayoritaria.

19- Durante el año 95/96 además de en JISA y en Puleva, los obreros jerezanos luchaban contra los despidos en la empresa Egro Agrícola, refinería de azúcar y en La Casera, fábrica de refrescos.

20- El incansable gobernador civil de la provincia de Cádiz, Cesar Braña, intentó vincular acciones de éste tipo con el aumento de la criminalidad callejera en Jerez, porque quitaban a policías de la lucha contra la delincuencia. Pidió a los obreros utilizar métodos de protesta “más pacíficos”. (‘Diario de Jerez’ 29/11/95). No se pronunció sobre una vinculación eventual entre la criminalidad callejera, el paro y el mercado laboral precario.

21- ‘Diario de Jerez’ 1/10/95.

22- El 21 de octubre, el obispo de Jerez llamó a “todos los cristianos” a solidarizarse con la movilización anunciada para el 26, introduciendo, como anteriormente en Cádiz, elementos de una “sagrada unión” ciudadana contra el paro.

23- La indemnización media de un despido en Andalucía es de 1.956.000 ptas., 20% menos que la media española (‘El País’/Andalucía, 9/12/95). Esta cifra muestra el carácter especial de las tres luchas consideradas aquí, en que el despido más barato se pagó a niveles 5 o 6 veces más altos. El nuevo gobierno PP tiene mucha prisa en abaratar el despido, pero el proceso empezó hace unos años con la proliferación de “contratos Basura”, cada vez más común sobre todo para los jóvenes.

24- Un caso bastante excepcional es el de los radicales conductores de autobuses de Madrid, organizados en la Plataforma Sindical de la EMT. A diferencia de todas las luchas que hemos discutido, que eran de naturaleza defensiva, la PS pudo utilizar su posición estratégica para pasar a la ofensiva y ganar terreno en una época de retroceso general del movimiento obrero. La PS de la EMT rompió con CCOO después de la muy famosa huelga del metro madrileño en enero de 1976. Hicieron huelgas en 1985, 1988 y hacia 1989, cuando ganó un aumento salarial del 25%, fue cada vez más atacada por la izquierda oficial, desde CCOO y UGT hasta IU y el PCE, esta última organización calificó a la PS de organización “fascista” en una octavilla de 1990 y el gobierno PSOE intentó demagógicamente vincular a los conductores de autobuses con ETA. La fuerza de la PS de la EMT era tal que hacia 1990 el mismo Felipe González tuvo que apoyar al alcalde popular de Madrid contra ella. La PS hizo tres huelgas ilegales en 1991. Pero su actividad culminó en la huelga de 64 días de enero-marzo de 1992, en que consiguió polarizar a todos los sindicatos y partidos de la izquierda oficial, y durante la cual representantes de CCOO y UGT se sentaron con Felipe González para discutir una represiva Ley de Huelga. La huelga de la PS de 1992 consiguió la seguridad en el empleo, aunque 8 militantes destacados perdieron sus trabajos y 24 militantes pasaron por un tribunal por sus actividades en la huelga (en el que el juez era un antiguo abogado laboralista de CCOO). Esta huelga tuvo apoyo internacional de corrientes obreras radicales en Europa, y fue apoyada en Madrid mismo por asociaciones de vecinos, militantes de extrema izquierda y marginados.

25- Véase el apoyo de la alcaldesa popular de Cádiz, Teófila Martínez, en favor de los obreros de los astilleros gaditanos, incluso tras la erupción de violencia masiva.

26- Los obreros italianos pararon los ataques de Berlusconi a las pensiones en otoño del 94, pero el nuevo gobierno de “izquierdas” del Olivo avanza con su propio plan de austeridad. Muchos de los cambios exigidos por el plan Juppé, que provocaron la huelga francesa de nov-dic 95, se consiguieron tras la desmovilización de la lucha. En la primavera de 1996 el gobierno Kohl en Alemania mostró su voluntad de enfrentarse con los sindicatos, y “abaratar el despido” sigue siendo un objetivo primordial del nuevo gobierno Aznar.

27- En mayo del 96, SOC, CGT-A y USTEA se encontraron en el Bosque (Cádiz) para lanzar un debate con el objetivo de una eventual fusión. Otras corrientes como el SU de Huelva y otro sindicato independiente de Marbella boicotearon la reunión para protestar por la presencia de la CGT y que faltaba un “planteamiento andaluz”. De hecho la cuestión del nacionalismo andaluz era un punto de desacuerdo importante en la discusión.

28- El primero de Mayo, en Sevilla, los “enanos” convocaron por primera vez una contra-manifestación a la de CCOO y de UGT, en la que se manifestaron unas 2.000 personas frente a las 10.000 en la oficial.

29- Los pequeños sindicatos reivindican un “sindicalismo de clase” contra el “sindicalismo de servicios” de los mayoritarios CCOO y UGT.

Correspondencia

Desde Madrid

Amigos de Etcétera:

Leo con interés vuestro nº 27 donde lo que más llama mi atención es el texto 'La crítica al trabajo hoy'. Un montón de cuestiones nos salen al paso.

Creo que lo que decís en vuestro texto es muy cierto aunque a mi modo de ver merecería un análisis más profundo en relación al dúo izquierda/trabajo. Cuando os preguntáis "¿Cómo hemos llegado aquí?" habláis de calvinismo y de fordismo pero... ¿y el marxismo? Sinceramente, no creo que la cita de Marx "No se trata de liberar el trabajo sino de suprimirlo" encabezando el poema ATRAPADOS pueda pasar de ser más que eso, una cita oportuna que no basta para ocultar la enorme responsabilidad del marxismo y de toda la izquierda en la tarea de haber confundido al hombre con el trabajo y el trabajo con el hombre.

(Quizá también el uso exclusivo de carteles anarquistas –y del PSUC– apoyando el texto pueda dar lugar a confusiones...).

Nunca en ningún lugar en ningún momento ninguna izquierda –comunistas, anarquistas, socialistas– se hizo o se obligó a un planteamiento serio al respecto. Que yo sepa, el célebre libro del marxista Lafargue no ha entrado en ningún programa "serio" de ningún Partido Comunista...

El artículo de M. Seidman Hacia una historia de la resistencia proletaria al trabajo: París y Barcelona durante el Frente Popular y la Revolución Española 1936-38 –el título deja sin respiración– nos muestra un panorama bastante claro –nunca desolador– de lo que era la actitud de los trabajadores ante lo que les resultaba indeseable: el trabajo. Nos dice Seidman: "La pervivencia de numerosas formas de rechazo al trabajo puede indicar una respuesta comprensible a las prolongadas penalidades de la vida cotidiana de los trabajadores y también un sano escepticismo frente a las soluciones propuestas tanto por la derecha como por la izquierda".*

No nos engañemos: la izquierda nunca se planteó –tampoco Marx– que podría haber sido el hombre separado de la idea de trabajo. Y no podían porque ellos mismos –con Marx a la cabeza– estaban contribuyendo a crear una nueva idea de Hombre –la que hoy conocemos y que se derrumba– que estaba esencialmente vinculada a la noción de trabajo como transformación de la realidad. La idea de hombre que hoy está en crisis es una idea, insisto, a cuya creación han concurrido tanto las ideas liberales, ilustradas, como las aportaciones de Marx y del marxismo. Las "verdades" que Marx enunció tienen una historia: hemos tenido que llegar al estructuralismo –partiendo de Nietzsche– a la antropología política, etc., para darnos cuenta que el hombre de trabajo, el trabajador –una idea muy "natural" para todas las izquierdas– no tenía nada de natural.

Si hoy la izquierda, marxista o menos marxista, empieza a planteárselo (siempre demasiado tarde...) mejor que mejor. Pero también sería justo hacer balance histórico de la actitud que la izquierda –las izquierdas– han tomado siempre con respecto a las opciones más "heterodoxas" que caían fuera de sus esquemas mentales y teóricos: las opciones "absentistas" y de reivindicación de una vida-sin-trabajo fomentadas en los sesentas (68, contracultura y demás) siempre fueron vistas con desprecio por los militantes izquierdistas. Y esto es sólo un ejemplo trivial.

En realidad, para retomar una corriente "teórica" anti-trabajo lo mejor será acudir a aquel texto de Robert L. Stevenson: Defensa de los desocupados (y a los escritos de Thoreau y de otros

inclasificables; también, en el terreno político, no sólo Lafargue, Kropotkin y otros lanzaron invectivas contra el trabajo).

Pero insisto, las políticas de izquierdas de los "serios" siempre se han dirigido a un "mundo del trabajo" (que no existía y que ellos mismos contribuyeron a crear). Ahora su "seriedad" se revela como una impostura teórica más pasajera, nunca universal ni fundamental.

Algunos intelectuales de este país (como F. Savater** en un artículo Por una izquierda anti-popular) han abogado ya por la creación de un salario universal, que nos desvincule de una relación de necesariedad con un trabajo que empieza a desaparecer irreversiblemente. También los estudiantes franceses lo hicieron el año pasado. Pero a mi modo de ver esto demuestra una ingenuidad clara. Es una forma de quitarse el problema de encima: de no tener que pensar. En primer lugar, el capitalismo nunca permitirá que poseamos algo que nos haga independientes de su mercado de trabajo.

Como demuestra Polanyi, volveríamos a los problemas que planteó la implantación de La Ley de pobres en la Inglaterra de la Revolución Industrial. El Capitalismo –como ya sabemos– hace de una total desterritorialización del ser humano. La idea de un bienestar total, de una sociedad mimada donde los estudiantes y los que pasan/pasamos de todo estén amparados por subsidios y ayudas es un bonito esquema que empieza a quebrarse en los países ricos donde esto era posible (Holanda, Suecia...) ¿Cómo se podría concertar un salario universal? ¿En base quizá a que "nuestras" empresas, en alianza con "nuestros" Estados, se dedicaran a explotar plenamente la mano de obra de los países pobres mientras aquí construimos un nuevo paraíso hermético de comodidades y lujo donde la figura del que trabaja sea algo fortuito y aleatorio? En cualquier caso, este salario universal, sería muy poco universal...

¿Por qué los intelectuales reivindican ahora un salario universal como si ésta fuera una petición normal, casi un simple trámite burocrático? El problema es el de siempre: se repudia la injusticia, se repudia la desigualdad económica, duele el espectáculo de los desposeídos, indigna la humillación social que se impone a los desempleados y, entonces, como si no pasara nada, se pide un subsidio universal.

Y la discusión vuelve de nuevo: ¿cómo encontrar la tan querida justicia sin "tocar" el capitalismo? ¿Por qué se quieren ocultar estos problemas?

Lo sabemos de sobra: el Capitalismo es cínico, injusto, analfabeto, estúpido y también, profundamente insolidario y cruel. Su impostura es tal que ideológicamente no existe y por eso no se le puede atacar. Es totalmente pragmático y eficaz, allí donde se enfangan todas las teorías que quieren hacer que se conmueva. Su empirismo es tan puro que incluso nos deja admirados. A veces nos empuja a la locura.

Perdonad que me extienda. La izquierda hoy tiene que reconocer que ha perdido el tiempo en muchas cuestiones pues cuanto antes lo haga antes se pondrá a la altura de los acontecimientos, antes recuperará el pulso del pensamiento y de la acción. Esto no implica prescindir de las aportaciones de Marx, sino todo lo contrario. Sus trabajos y análisis son irrenunciables. Implica renunciar a las ideologías dadas como eternamente buenas. Implica no pensar económicamente, políticamente o socialmente sino pensar, a secas (algo que horroriza a los ideólogos) Esto quizá sea arriesgado, y nunca fácil –el tema del trabajo que hemos tocado aquí lo demuestra– pero en cualquier caso es una tarea imprescindible para los que están dispuestos a enfrentarse a los problemas de su presente.

Un saludo,

J. Antonio, julio 96

* Historia Social nº 3 Invierno 89

** EL PAIS enero 96

Desde Badalona

Pequeña reflexión sobre una pequeña anécdota

Reencuentro en vuestra entrega de julio aquella impactante foto del portal de acceso a un campo de exterminio nazi, cínicamente presidido por el sangrante eslogan "El trabajo os hará libres" (Arbeit macht frei). Hará unos 20 años pensé que ésa era la "imagen-que-vale-más-que-mil-palabras" indispensable para visualizar toda crítica del trabajo mínimamente consecuente. Como la imagen, compruebo pues que el tema está aún ahí dando guerra, objeto de nuevos debates, pese a la atmósfera de asfixiante silencio que a veces tengo la sensación que nos envuelve. No salen pues del baúl de los recuerdos, no es un mero discurso marginal limitado a un consumo solitario que no supere las cuatro paredes de nuestra privacidad sino que vienen a desautorizar esa sensación de aislamiento e incomunicación y la aceptación fatalista y resignada de nuestra marginalidad que la sensación de incomunicación genera.

Os cuento –esa puede ser mi aportación al magnífico dossier sobre la crítica al trabajo hoy– una chocante experiencia que me tocó en suerte vivir hará unos meses: una situación no por anecdótica menos emblemática. Un conocido mío vino a preguntarme sobre el discurso radical de los años 70, interesado hoy –como tantos otros intelectuales independientes– en entrever a grandes rasgos porqué de pronto resurge como el Guadiana cuando ya parecía haber "pasado de moda"... Obviamente, esos intelectuales estaban pendientes también entonces de lo que "estaba de moda" en los 70, las tareas de la transición-transacción, la legalización del PC, las primeras elecciones, los Pactos de la Moncloa: desconocían que hubiera entonces gente que nos interesáramos en reflexionar y debatir sobre otras cuestiones.

Le hablé telegráficamente de los ejes de nuestro discurso: la crítica de la vida cotidiana en general, de la crítica al trabajo, del derecho a la pereza; me parecían temas elementales, vitales, poco filosóficos, próximos, que le conciernen a uno de cerca. Pero no me entendió. Vino a decirme que toda la gente con la que trata coincide en su interés por esos temas, debidamente traducidos al momento actual. Eliminando las parrafadas retóricas del discurso intelectual de divulgación, sus tesis eran (ya sé que simplifico mucho): "los intelectuales, los partidos, los sindicatos coincidimos hoy en la crítica al trabajo, al trabajo a precario concretamente; por el derecho a la pereza, mediante un mejor subsidio de desempleo; en que la vida cotidiana consiga un poco más de confort con el mismo presupuesto". Y bla, bla, bla...

Intenté explicarme pero no sabía por donde empezar para que me entendiera mínimamente. En rigor la exposición debería haber sido: 1) La crítica al trabajo tout court comporta la lucha por la abolición del trabajo asalariado, aunque no se limita a eso; y el derecho a la pereza no es el derecho a las peonadas sin más, es una actitud y es además la forma clásica y primera con que se sacó a la superficie el tema de la crítica al trabajo. 2) La crítica de la vida cotidiana no reivindica como amueblar mejor la vida cotidiana colonizada que nos ha tocado vivir y cuyo control escapa a nuestras manos. 3) La autonomía en la apropiación directa de nuestra vida cotidiana casa mal con la intervención como tales de políticos, sindicalistas, especialistas, técnicos y demás intermediarios.

Claro que esto iba a sonarle a polaco a mi buen amigo: No sólo requería un cursillo acelerado al nivel teórico sino incluso al nivel de buscar un lenguaje o código común menos limitado que el que usábamos: las mismas palabras no querían decir lo mismo. La crítica al trabajo "a precario" se hace en nombre del trabajo estable, se critica al trabajo asalariado solo si el salario es exageradamente bajo, se considera que los sindicatos han de ser realistas y saber ajustarse con pragmatismo a las posibilidades concretas de la coyuntura, etc. Estoy convencido que hay muchos ingenuos como mi amigo, que leen sólo el eslogan o el titular y creen que "Crítica al trabajo hoy" es justamente eso. Gente que si leyera los sutiles sarcasmos de José Tavares /Etcétera, julio) ni siquiera captaría lo que a mi leal saber y entender destila una sana y mordaz ironía. Leo allí por ejemplo: "Si comienza a faltar (el trabajo) ¿es un buen momento para suprimirlo?" O mejor aún: "Mientras quieres acabar con el trabajo ¿de qué viviremos?"

Santi, 12 agosto 1996

Desde San Francisco

América Latina al centro de la crisis

La pobreza y la miseria se apoderan de millones de Latinoamericanos, de hecho, de acuerdo a estadísticas de las propias Naciones Unidas nunca antes en la historia del continente se había generado tanta pobreza en tan corto tiempo; el reloj de la historia sigue para adelante pero Latinoamérica se queda atrás, debatiéndose entre el hambre y su miseria desmedida. Las mismas estadísticas también indican que dentro de los próximos 10 años la mayoría de la población en Latinoamérica pasará a formar parte de lo que las Naciones Unidas llaman pobreza absoluta, lo que en términos entendibles significa que ese gran número de población difícilmente podrá satisfacer sus necesidades inmediatas como son: la vivienda, la salud y la alimentación, sin tomar en cuenta la educación, que pasará a ser, como ya lo es en algunos países, un bien inaccesible para la mayoría de Latinoamericanos.

¿Y cuáles son las causas fundamentales de la tragedia Latinoamericana? No lo son ni el comunismo ni el socialismo, pues nunca han existido en la región. En dicho continente la distribución de la riqueza nacional se ha caracterizado por ser una de las más desiguales del mundo. ¡La región se da el lujo de tener entre sus récords a dos de los países cuya distribución desigual los coloca entre los cinco países más desiguales del mundo! Brasil y Guatemala.

Históricamente Latinoamérica ha sido el patrimonio de una minoría, la cual ha controlado siempre el aparato político y económico en su totalidad dejando al resto de la población al margen de cualquier participación activa en estos campos. Esta acumulación de poder político-económico abismal-oceánica, en parte, ha sido una de las causas fundamentales de la destrucción desmedida de las riquezas de la región.

Otra de las causas de la desgracia Latinoamericana es el militarismo que a través de décadas se ha constituido en un cáncer terminal para muchos países. Con vergüenza, o sin ella, tenemos que aceptar que desde la Segunda Guerra mundial, si no desde antes, la mayoría de los países Latinoamericanos fueron gobernados política y económicamente por dictaduras militares. Cabe mencionar ejemplos de Brasil y Guatemala, de nuevo pues irónicamente han sido dos países que han estado bajo el control de gobiernos militares que sabían poco o nada de justicia social, progreso o de derechos humanos. De hecho uno de los períodos más represivos en la historia de Latinoamérica es el que comprende las últimas cinco décadas.

La herencia del militarismo se hace sentir ahora más que nunca en nuestro continente. Brasil con su deuda externa ha hipotecado su propio futuro; un futuro incierto acompañado de violencia y desigualdad social. ¡En ese bello país más personas han sido asesinadas en los últimos cinco años que el total de muertos en la guerra de Bosnia en Yugoslavia! tan aterradora es la realidad.

Por otro lado, Guatemala se caracteriza por tener uno de los récords más altos en cuanto a violación sistemática de los derechos humanos; este país, también, se ha constituido en el único con la guerra interna más larga de toda Latinoamérica, aunque el fin de ella parece inminente. Se prevé que este año será el fin de esa guerra que ya lleva más de 3 décadas y que ha cobrado miles de vidas. En este país centroamericano existe una realidad aún más dura: el 80 % de la población vive en la extrema pobreza, así lo declara la conferencia de obispos Latinoamericanos en su último reporte.

El continente Latinoamericano se busca y no se encuentra. El continente vive una tragicomedia, tragedia para muchos y comedia para una minoría que se niega hoy más que nunca a seguir los designios de la historia. "Es más caro estar vivo que muerto", o "vivir es nocivo para la salud" rezan algunos graffittis en las calles de Lima y de Bogotá. Haciendo más resonancia a la crisis apunta otro graffitti en las calles de Bogotá: "Colombia alguien te U.S.A."

La acumulación de la riqueza en pocas manos siempre ha sido generadora de conflictos en el continente, lo que no es nuevo es el hecho que para controlar esos conflictos se hayan creado

estructuras militares tan represivas que en algunas oportunidades dejarían a la Santa Inquisición en un estado de shock.

En el último reporte de Amnistía Internacional (AI) se habla de "tortura institucionalizada y de ejecuciones periódicas en México, por ejemplo. En el caso de Guatemala hay reportes oficiales de asesinatos en masa conducidos por miembros de los cuerpos de seguridad del país. En El Salvador, un país que vive sus primeros años de postguerra, se afirma que la violencia ha alcanzado niveles superiores a los que tenía en plena guerra civil. En 1995 hubieron más asesinados que en 1985. Y junto a esto, más gente vive en una pobreza absoluta que inclusive hace una década.

En Colombia, como si fuera poco, la situación es aún más alarmante. Las Naciones Unidas lo consideran el país más violento del mundo. Y este país también tiene a las grandes mayorías viviendo en una relativa pobreza, como lo apunta uno de los graffitis en Medellín "¡En Colombia sólo seis personas se mueren de hambre yo, tu él, nosotros, vosotros y ellos!"

En resumen, desde México hasta Chile existe una violencia institucionalizada, de estados que reprimen salvajemente a todos aquellos que de una u otra forma alzan su voz de basta ya al hambre, el desempleo y la miseria generalizada. Y es que la verdad es que en Latinoamérica la civilización nunca llegó y si llegó se fue de paseo, sin embargo hoy pretenden aquellos que han dominado el continente que en estos momentos se viven años de gloriosa prosperidad y avanzada modernización, logrados a través de la privatización, que estaría generando progreso e igualdad económica. Pero lo que en realidad ocurre es completamente lo opuesto: la verdadera Latinoamérica se resquebraja, se desintegra ante nuestros ojos; ¿estamos perdiendo casi 7 millones de niños al año! o sea que ¿en sólo un año perdemos lo que los judíos perdieron en el tan mencionado holocausto! Estos niños mueren de enfermedades impensables en los países industrializados: diarrea, disentería, falta de agua, de hambre, etc.

Latinoamérica es hoy una de las regiones más inestables del mundo; somos los más endeudados; tenemos más millonarios y billonarios que toda Europa junta. A pesar del ecocidio todavía nos damos el privilegio de tener las mejores tierras del planeta. Nunca antes la vida en Latinoamérica pareció tan difícil como hoy. La juventud va hacia un futuro incierto, mientras que nuestros viejos viven en un pasado que ya no regresó y el resto de nosotros estamos forzados a vivir en las ruinas del presente. ¿Será posible una nueva Latinoamérica, que pudiéramos construir desde las ruinas?

Pablo Rodríguez, julio 1996

Hemos recibido

WILD LILY, PAIRIE FIRE. China's road to democracy, Yan'an to Tian'anmen (1942-1989). Gregor Benton y Alan Hunter, compiladores. Princeton University Press 1995, 361 páginas. Recopilación de textos aparecidos a lo largo de cincuenta años en la República Popular China que permiten acercarse con material de primera mano a las vicisitudes y contenidos políticos de la oposición y de la intelectualidad crítica durante la dictadura maoísta. Una extensa introducción de los autores de la selección de los textos, así como la presentación que precede a cada documento, hacen de este libro una importante obra de referencia a la hora de encarar la dominación del partido comunista –y la resistencia suscitada– en China durante la segunda mitad de este siglo.

Bajo el título **CHINOISERIES** (Chinerías), Temps Modernes, en su número 589 de agosto-setiembre de 1996, publica un relato en forma de agenda del viaje que CHARLES REEVE, su autor, realizó a China durante los meses de abril y mayo del pasado año.

A lo largo de 60 páginas podemos recorrer la distancia entre Hong Kong y Pekín pasando por Macao y Shanghai. En este viaje, salpicado de encuentros y charlas con buenos cicerones de mentalidad libertaria, supervivientes de Tian Anmen junto a resistentes a la vía socialista al mercado, se nos muestra la verdadera distancia que ha tenido que recorrer el pueblo chino desde su histórica revolución hasta el mercado, pasando por la falsa revolución cultural: el proletariado flotante, las prostitutas, los niños explotados, la fiebre del consumo, el hacinamiento en nuevas ciudades, etc... En la vieja Hong Kong, la gente no vive. Únicamente dedican esfuerzos y tiempo para ganar algo de dinero para sobrevivir, mientras los ricos se desviven en hacer inversiones millonarias a fondo perdido en Vancouver (Canadá), para conseguir un hogar en las lujosas urbanizaciones, lugar de exilio de quienes no tienen necesidad, ni ganas de soportar las incómodas formas que la burocracia del P.C. Chino va a imponer a las y los hongkoneses a partir de 1997, año en el que el Estado de la República Popular China asume la soberanía de la vieja colonia.

Relato ameno de contrastes y contradicciones a gran escala. El meticuloso control de la ciudadanía por parte del aparato del Estado, frente al descontrol de la vida china al mercado salvaje. La represión de 1989 planea como la sombra de este Estado que, como dice uno de los interlocutores de Charles Reeve: "Pretende controlar no sólo el presente, sino también el pasado y el futuro". Un futuro con la paradoja de haber empezado con los balones de oxígeno del capital occidental y las previsiones de los economistas oficiales de 300 millones de parados para el año 2000; tras un pasado en el que, entre 1957 y 1992 se redujeron en 18 millones las Hectáreas cultivables y desde el año 1986 se han construido 250 nuevas ciudades.

¿DÓNDE VA CC.OO? Un estudio crítico, desde la base, de los documentos del VI Congreso. Zaragoza, mayo 1996.

El último congreso (VI) de las CC.OO. estuvo protagonizado por el enfrentamiento entre la línea oficial (mayoritaria), encabezada por el secretario general, y la corriente impulsada por algunos militantes históricos, vinculados al Partido Comunista que, a la postre, dio como resultado la ruptura práctica en el seno del sindicato. Desmarcado de la pugna burocrática de ambas tendencias, el folleto "Dónde va..." intenta poner de relieve el giro que ha llevado a cabo la dirección sindical desde el anterior congreso, que se orienta hacia un planteamiento cada vez más alejado de las prácticas sindicales reivindicativas, y en favor de un sindicalismo de aparato y de colaboración con la dirección empresarial. Para ello, el autor, militante de base, realiza un extenso estudio comparativo mediante la confrontación de los textos aprobados en el V y VI congresos que contribuyen a aclarar la evolución reciente de las CC.OO. y sus perspectivas de futuro. No obstante, la deriva corporativista y burocrática de las CC.OO, cada vez más desligada de la vida laboral a ras de suelo, que se denuncia en este folleto no puede, desde luego, limitarse al periodo comprendido entre el V y VI congresos. Basta recordar el papel que jugó CC.OO. en el movimiento obrero durante la transición democrática. Además, las razones que inducen a la dirección sindical actual a buscar la manera de asegurarse el reconocimiento y una nueva función dentro del estado neocorporativo capitalista habría que buscarlas en un cuestionamiento más amplio acerca del significado del sindicalismo en las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo en la actualidad.

PARTISANAS. La mujer en la resistencia armada contra el fascismo y la ocupación alemana (1936-45). Ingrid Strobl. Virus editorial C/ de la Cera, 1 bis -08001 Barcelona. 1996, 364 páginas.

Acabada la Segunda Guerra Mundial, la magnificación de la resistencia, estrictamente protagonizada por esforzados luchadores por la libertad, la democracia, etc., dejó de lado el relevante papel que muchas mujeres desempeñaron en la lucha contra el fascismo. Una omisión lamentable, aunque comprensible si tenemos en cuenta la instrumentalización de la resistencia como elemento legitimador de las democracias liberales de postguerra y la mitificación de la figura del héroe (de la resistencia). A fin de cuentas, en la figura clásica del héroe el peso decisivo recae en lo masculino. Por otra parte, la restauración de los gobiernos liberales en Europa dio cobertura al reciclaje de un buen número de colaboracionistas y sicarios del Tercer Reich cuyo anticomunismo, una vez extendido el velo de la opacidad sobre su pasado, los rehabilitó como nuevos defensores del Occidente capitalista. Todo ello contribuyó al doble silenciamiento de las partisanas, en tanto mujeres y en tanto radicales incómodas. Como así fue con la “incorregible comunista” holandesa Truus Oversteegen, marginada incluso entre sus antiguos amigos y vecinos, o con las mujeres judías del ghetto de Varsovia, cuyo compromiso militante las llevó al enfrentamiento con los representantes de su propia comunidad.

A partir de una serie de entrevistas I. Strobl urde una narración que recupera la voz y nos aproxima a la dimensión real de la participación de las mujeres en la resistencia antifascista; una intervención que no se limitaba a las tareas de apoyo logístico o información, sino que se extendía hasta la primera línea de combate. Así, van exponiendo su experiencia, sin excluir sus dificultades dentro de las propias filas, las milicianas de la Guerra de España, las combatientes de la resistencia en Francia, Yugoslavia y Países Bajos, además de las partisanas judías que se enfrentaron a la ocupación nazi en el Este de Europa. El libro se cierra con un capítulo que recoge los testimonios de tres libertarias españolas.

REVISTA TELARAÑA, nº 11, mayo 1996. Monográfico contra las cárceles. Apartado 31, 03400 Villena (Alicante)

Después de un año sin editar, de nuevo presentan este monográfico a base de recopilaciones de artículos de revistas y libros con el tema carcelario en sus diferentes temáticas, desde la negación a la construcción de más cárceles, al análisis del mundo interior carcelario (sida, hacinamiento, leyes, vida incomunicada, insumisión, sumisión...), dando la palabra a presos y a organizaciones que trabajan en esa temática.

Finalmente aportan una buena bibliografía así como direcciones de asociaciones y organismos pro-presos/as.

EL COTIDIANO. Revista de la realidad mexicana actual, nº 77, julio-agosto 1996.

Todo este número de EL COTIDIANO está dedicado a la frontera México-Estados Unidos. Una frontera que más que una línea limítrofe es una región política, económica y cultural, en continuo cambio. En ella se han desplegado grandes ciudades paralelas: Tijuana (San Diego), Ciudad Juárez (El Paso), Nogales (Nogales), Nuevo Laredo (Laredo),... que han generado los niveles de contaminación, de marginación, de pobreza y de violencia de las megaciudades. Se analizan en este número, con profusión de datos y con rigor aquellos aspectos más sobresalientes, en especial el de la creciente migración, imparable si se piensa que el diferencial salarial entre ambos países es de 1 a 10, y la consiguiente militarización de la frontera; el de la importancia del narcotráfico y el de la violencia; el de la concentración del trabajo en la industria maquiladora; todo ello, más allá del estereotipo que presenta aquella zona como el imperio de la violencia, del narcotráfico y de la prostitución.

Nos fijamos en particular en un artículo sobre las trabajadoras y los trabajadores de las maquiladoras (industria concentrada en estas ciudades y estados fronterizos), y su representación sindical. La industria maquiladora se ha convertido en pocos años en uno de los sectores más dinámicos respecto a la generación de divisas y de empleo, ocupando hoy a 600.000 trabajadores, y

sin embargo el canal de representación sindical está poco desarrollado. Este sector trabajador cuyas características son las de ser una mano de obra primordialmente femenina, joven y sin experiencia laboral, no está hoy representado por el Estado con su nueva política de no-intervención; tampoco por el sindicato, que pierde fuerza en un tipo de industria que pone el énfasis en la productividad de cada empresa, que se dedica básicamente al mercado externo y a la exportación; tampoco los partidos políticos; los empresarios mismos intentan esta representación, buscando directamente el consenso con sus trabajadores haciéndose cargo de sus condiciones (transporte, guardería, recreación,...), "representación" contradictoria como incompatibles son los respectivos intereses de empresarios y trabajadores. Una organización de los mismos trabajadores de momento no se da pero los empresarios y el gobierno se plantean el problema de la representación dada la importancia del sector y de los conflictos que genera, sabiendo que una falta de representación pone en peligro la estabilidad social y política y por tanto también la económica.

Mirar de otro modo, hablar de otras cosas

(Handke y Dagerman: consideraciones a propósito de dos viajes)

Unos meses después de firmados los acuerdos de paz de Dayton, que oficialmente pusieron fin a las acciones bélicas en la antigua Yugoslavia, saltó la polémica con motivo de un viaje de invierno. El realizado por el escritor austríaco Peter Handke, de cuyas impresiones dio cuenta en sendos artículos publicados en el diario alemán Süddeutsche Zeitung.

La razón del escándalo, atreverse a pedir justicia para Serbia, una vez que los medios de información de Occidente han demonizado todo lo serbio (después de todo lo que hemos visualizado y leído, ¿es posible evocar a Serbia sin un respingo de desconfianza?); una provocación que ni siquiera se pasa por alto a una de las vacas sagradas del Olimpo literario europeo. Pero, ¿por qué tal provocación?, ¿a qué viene esta irrupción repentina de P. Handke sembrando la controversia en la escena mediática?

Reconozco que fui al texto con prevención. ¿Se trataría del merodeo estetizante de un escritor que desbarra desde su torre de palabras? O, por contra, una vez excluido el afán de notoriedad en un autor recatado hasta la misantropía, ¿estaría, más bien, ante un testimonio que se desmarca, con sus apreciaciones, con sus matices, con sus titubeos, de la línea oficial que, de forma deliberadamente simplificadora, convierte a los serbios en verdugos del resto de pueblos balcánicos? ¿Una mirada discrepante de la imagen consensuada?

Más allá de las motivaciones subjetivas, enraizadas en la experiencia del autor en la Carintia de su infancia, hay una profunda interpelación política en este viaje que lo hace especialmente irritante. Algo, por lo demás, especialmente intolerable: atreverse a poner el acento de la duda sobre la realidad expuesta desde los medios de información de Occidente. Por si no fuera bastante, Handke se desmarca con una mirada compasiva, comprensiva hacia los serbios. (Mirada que no exculpa, ni mucho menos, a los "señores de la guerra" serbios). En fin, dos errores de un mismo viaje: cuestionar la verdad de los medios de información y romper una pluma en pro de los culpabilizados, contra de la culpabilidad colectiva.

Mirada discrepante.

Cincuenta años antes, en el otoño de 1946, un joven escritor emprendía otro viaje por la Alemania derrotada, con el fin de realizar una serie de reportajes para el diario sueco Expressen. En esa ocasión, también Stig Dagerman miró de otro modo. Un modo de mirar que aproxima a ambos viajes, el del sueco y el del austríaco, en sorprendentes paralelismos. En su viaje otoñal, el sueco, porque fue capaz de dejar a un lado los prejuicios y estereotipos de la culpabilidad colectiva, sin

abdicar de su repugnancia hacia el nazismo, y mirar la realidad de los sufrientes. Así fue como pudo ver a esos alemanes "...más decepcionados, más apátridas y más vencidos de lo que nunca se sentirían los simpatizantes nazis". También entonces, el escritor sueco tuvo el coraje de reclamar justicia para aquellos alemanes. E, incluso, llegó a preguntarse si, aun siendo incuestionables las atrocidades cometidas por los alemanes dentro y fuera de sus fronteras, no sería igualmente cruel considerar justificados los sufrimientos que observaba.

Del mismo modo, en el viaje invernal del austriaco a los Balcanes, su mirada se orienta hacia la gente. Hacia esos serbios, ellos mismos víctimas de la guerra, del bloqueo, de los desplazamientos forzados, de la penuria, del miedo, etc. Es para éstos para quien demanda justicia. Y lo hace del modo más irritante: con el sutil énfasis de beligerancia declaradamente política que desdobra el ejercicio literario en estética de la resistencia. ¿A qué vienen, si no, sus incisivos acerca de la independencia de Eslovenia y la realización de la "Gran Croacia"? A los ojos de los administradores de la cultura mediática, ¿qué valor estético pueden tener las palabras de un escritor, por consagrado que sea, cuando se refiere a cuestiones tan groseras como el servilismo del Gobierno Esloveno o los rasgos fascistoides del nuevo estado croata, fieles aliados de Occidente?

También la agudeza expresiva del novelista sueco desentonaba en la Europa de su tiempo con descripciones y preguntas que conmovían el consenso liberal-democrático forjado sobre las ruinas del nazismo. ¿Qué sentido tenía preguntarse si la actitud de los aliados, fomentando la humillación, el hambre y el miedo entre la población derrotada, no estarían provocando un retraimiento hacia el nazismo? ¿Acaso no había comenzado el proceso de desnazificación (una de cuyas sesiones relata Dagerman)? Al fin y al cabo, una cierta dosis de nazismo tampoco venía mal para confortar los ánimos contra el comunismo en el nuevo marco de la Guerra Fría.

Handke ha suscitado el escándalo mediático porque plantea preguntas incómodas. Porque habla de aquello que no se debe mencionar. Saca a colación lo implícito, vulnerando el principio básico en virtud del cual no se debe escudriñar en la imagen tematizada, sino acatarla. Una vez que la Guerra de los Balcanes ha sido representada y resuelta por los medios de información, las interpelaciones del austriaco, simplemente, ya no vienen a cuento. Sus dudas están fuera de lugar, precisamente, porque vienen a hurgar en la verdad administrada de los medios de formación de opinión.

Que duda de la matanza de Srebrenica, se ha llegado a decir malévolamente en un intento de desviar la atención de lo realmente crucial, de sus interrogantes encadenados: "¿Por qué una matanza así, de miles de personas? ¿Cuál fue el móvil? ¿Para qué? ¿Y por qué en lugar de una investigación exhaustiva de las causas (psicópatas no es suficiente), lo único que hay, una vez más, es la mera venta de hechos, y aparentes hechos, una venta pingüe, determinada por el mercado?"

Porqués incómodos extensibles a dos situaciones igualmente perversas. Porqués contra la añagaza maniquea, porqués que vienen a escarbar en la inmundicia de la guerra, en los motivos implícitos que se disimulan tras las imágenes fabricadas de los bandos en liza. (¿Por qué los periodistas, por ejemplo, en vez de darnos la tabarra con la imagen caricaturizada de Milosevic, el megalómano de la Gran Serbia, y Karadzic, el psiquiatra criminal autor de poemas infantiles, no profundizan en la investigación y el análisis que saquen a la luz del día sus apoyos y complicidades?). Los porqués de las víctimas.

En la Alemania de postguerra, constataba Dagerman con ácida ironía, las cuentas bancarias no habían sufrido los bombardeos. También resultaba sorprendente, entonces, para los historiadores y hasta para los propios jerarcas nazis, que la aviación aliada se empleara con tanto esmero en sus acciones de castigo contra los centros urbanos y la población civil, mientras respetaba los llamados en la jerga militar "objetivos estratégicos". Perplejidad parecida se repite en la guerra de los Balcanes: inhibición sistemática de las fuerzas aliadas ante las tropelías cometidas por los secuaces de Milosevic y Karadzic, tan fariseicamente denunciadas en la prensa y TV occidentales.

Lo realmente molesto de Handke no es siquiera la supuesta toma de posición a favor del Gobierno de Serbia, sino el zarandeo que supone para la hipocresía consensuada con que el Occidente europeo encaró el conflicto balcánico. Dudar es socavar la unanimidad con que los

grupos de poder en Occidente tomaron partido, reeditaron fantasmas y practicaron la doblez moral. (¿A qué extraño efecto de compensación obedeció, por ejemplo, la amplia solidaridad con los musulmanes bosnios en el Estado Español, que recabó incluso el apoyo institucional y de relevantes personalidades de la política y los gobiernos autónomos, mientras esos mismos mandatarios y las instituciones que representan elaboraban leyes xenófobas –Ley de Extranjería– que legitiman el cruel espectáculo de las pateras y las expeditivas repatriaciones de inmigrantes africanos?).

Emancipar la narración de lo indescriptible.

Lo que ha soliviantado a los administradores de la información en la actitud de Handke es que no se pliegue a la pereza mental inducida por la imagen tematizada de la guerra; pues la tragedia de Srebrenica, como el inconmensurable sufrimiento de las gentes en todas las guerras, ya ha sido resuelta en las pantallas de TV y en las páginas de los diarios con indignados golpes de pecho de los columnistas en nómina y el cabeceo compungido de los lectores matutinos. Lo inadmisibles de las dudas de Handke es que no sean dudas retóricas sino una desconcertante salida de tono que plantea rotundas interpelaciones políticas y estéticas. A veces, la palabra es sorprendente, desborda las expectativas. ¿Autonomía de la palabra? ¿Autonomía de la subjetividad, a pesar de todo?

O autonomía del sufrimiento. La misma que años antes de que la barbarie se adueñara de los Balcanes llevó al montenegrino V. Jakic a definir una de sus obras, como algo que no es un dibujo o una pintura, “sino una sedimentación de dolor” que nos llena los ojos con un obsesivo abigarramiento de larvas, rostros, cuerpos. Palabra autonomizada y premonitoria, también, como las que escribiera el mismo Jakic (“los enloquecidos devastadores que rabian y saquean pueden proliferar –sería el sucio KLAN subterráneo de La Ciudad que vigila desde sus cavidades y con sus tentáculos de pólipo dirige todo a su antojo.”). Únicamente el dolor puede colmar la distancia existente entre el presagio fatal de Jakic y las dudas candentes de Handke.

La forma en que Handke pide justicia para Serbia es un acto de emancipación literaria frente al nuevo credo totalitario de la modernidad tardía, según el cual todo lo que se sale del discurso mediático y del mercado de los valores (de cambio) informativos queda proscrito de la narración; se vuelve inenarrable. Sin embargo, Handke infringe esa consigna haciendo narración de lo inconfesable, levantando el velo de la sospecha sobre los turbios tejemanejes de las potencias europeas en el desencadenamiento, desarrollo y desenlace de la guerra balcánica.

Ahí la narración elude la apelación grandilocuente a las conciencias, por eso Handke asume una tarea más modesta, menos espectacular pero, a la vez más radical (“Lo que me mueve es sólo la justicia. O tal vez, antes que nada, poner las cosas en duda, nada más, dar-que-pensar”). Dar que pensar, aunque sólo sea para quebrar la atmósfera agobiante del totalitarismo mediático. Para hablar de otro modo, para hablar de otras cosas. Para hablar de la vida de las gentes, de su existencia a ras de suelo, y no de la muerte. Reapropiarse de la palabra para hablar de otro modo, para hallar una expresión que dé cuenta de la vida sin tergiversar la tensión de muerte (la guerra, la penuria, la devastación), antes bien, enfrentándola.

También S. Dagerman, a su manera, quiebra el consenso de lo inenarrable con su hablar descarnado que, aun sin escatimar en la crudeza, no rebaja por ello la adjetivación al efectismo. Es de ese modo, como es posible recuperar para la narración lo indescriptible. Los alimentos que se cocinaban en los sótanos de las ciudades alemanas en ruinas no eran indescriptibles, como decían los médicos que hablaban con los periodistas extranjeros. No lo eran, como tampoco era indescriptible el modo de vida de aquellas gentes.

Pues en aquellos tugurios se hallaba el punto de inflexión en donde el discurso deja el lugar a la narración que vuelve significativo (comunicativo) lo indescriptible. Porque “la carne sin nombre que consiguen encontrar, de una manera u otra, y las legumbres sucias que encuentran a saber donde, no son indescriptibles, son absolutamente repugnantes; y lo que es repugnante no es indescriptible, es simple y llanamente repugnante..., (como) los sufrimientos de los niños en aquellos tanques subterráneos”.

Pues hay un hablar desde la subjetividad que mira sin contemplar al otro como valor de cambio informativo (inherente al reportaje, a la exclusiva, a la mercancía periodística, en fin), sino como aproximación comunicativa sobre el mínimo fundamental que es el sufrimiento. Entonces la visión subjetiva puede adquirir una dimensión que sobrepasa la mera objetualidad de la imagen objetiva, de la imagen-mercancía que es el reportaje. Quizás de ese modo, como sugieren Handke y Dagerman, la objetualidad de la imagen objetiva, que tiene un valor (de cambio) en el mercado mediático, no ahoga completamente la palabra, la subjetividad, el testimonio del sufrimiento. Ahí se vuelve resistencia contra el sufrimiento, a pesar de que sepamos que el dolor, el sufrimiento, son intransferibles, incompatibles. ¿Aproximación estética (que no estetizante) al sufrimiento? Porque sólo hay eso, aproximación, tanteo, reacción al estupor y perplejidad que produce ese sin sentido que es el sufrimiento; a la vez tan contundentemente significativo.

Escribir desde la duda, en un quehacer interrogativo, titubeante, de indagación estética, como el propio Handke reconoce su tarea, y no desde la certeza y seguridad de cualquier verdad establecida, comporta riesgos. El riesgo de las ambigüedades (algunas indeseadas) de una escritura llena de intersticios es uno de ellos. Quizás se adivina en el relato del viaje invernal la nostalgia de una cierta convivencialidad perdida. La del propio autor en la Eslovenia de su infancia o la que parece desprenderse de la visión de la película “Underground”, de E. Kusturica. Una película que, según Handke, “surge, está hecha, existe y actúa –yo lo vi– sólo desde la aflicción y el dolor”.

En cualquier caso, más allá de la aparente nostalgia de la convivencialidad frustrada que sugiere la cinta de Kusturica, y de la perplejidad en que nos ha sumido la repentina exacerbación de las hostilidades en la antigua Federación Yugoslava, habría que preguntarse si todo descansaba sobre un ficción; sobre las trapacerías tramadas por los administradores de la mentira (país de la mentira desconcertante, había denominado a la URSS muchos años antes de la debacle el comunista croata Ante Ciliga)(*). La mentira que mantiene unidos en un mismo afán a los habitantes del subsuelo... Aunque también aquí cabría añadir, si acaso la convivencialidad formal de las comunidades nacionales étnicamente homogéneas no descansan sobre la superchería y la fabulación de la propia Historia.

Sufrimiento, estética: ¿una cuestión de estilo?

Una cuestión de estilo, sí, y una misma reflexión abierta acerca de la creación literaria empareja, una vez más, a ambos autores, igualmente comprometidos con dos realidades lacerantes. En tal circunstancia hacer ejercicio de la palabra es abordar la crónica del sufrimiento. Todo lo que se separe de ese narrar de la subjetividad es parloteo, o ese consumible literario que es el reportaje periodístico. Es, pues, comprensible que la palabra renuente a agotar su significación en el valor mediático sea tildada de extravagancia o provocación. Pues la palabra que se pronuncia desde la subjetividad de los sufrientes no puede ser útil en la construcción de ningún discurso de la verdad (como tampoco del fundamentalismo democrático actual), y difícilmente puede llegar a adquirir un valor de cambio relevante en el mercado de los medios de formación de opinión. Ahí, la palabra, la mirada no son rentables; a lo más, son invocación del estupor y la duda; apelación marginal.

Cuando alguien mira no con los ojos que buscan la exclusiva del reportaje, sino la aproximación a la realidad doliente de las víctimas, es cuando existe la posibilidad comunicativa y no la meramente informativa (formadora de opinión). Handke y Dagerman se yerguen ahí contra los periodistas; la poderosa casta de sacerdotes que offician la liturgia diaria de la verdad mediática. Un mismo error de dos viajes. Pues de ese oficio de palabra, de esa literatura no legitimadora de mediaciones espúreas es de lo que están urdidos los relatos de ambos viajeros.

La reedición del terror de Auschwitz (“limpieza étnica” incluida) en la geografía balcánica vuelve a plantearnos el problema de la relación entre el horror y la experiencia estética. ¿Problema manido o cuestión espinosa y decisiva en que, una vez más coinciden Peter Handke y Stig Dagerman? ¿El testimonio del sufrimiento, como experiencia estética, como la experiencia estética, quizás, más fundamental...? El cero absoluto de la experiencia narrativa está en la historia particular

del hombre a que, en un momento dado, se refiere Dagerman, y en la incapacidad para relatar a su mujer lo que fue su estancia en Dachau.

Es Dagerman quien apostilla, “es un episodio horrible, pero no llega para hacer un libro y ella nunca conseguirá saber más que eso. Ese sufrimiento fue vivido; ahora ha de dejar de existir. Ese sufrimiento era sucio, repugnante, bajo y mezquino, y es por eso que no se debe hablar de él, oralmente o por escrito. La distancia entre la obra literaria y ese sufrimiento extremo es demasiado corta; sólo cuando haya sido purificado por el tiempo, entonces podrá hablarse de él. Y esta mujer aún continua esperando, cuando se encuentra a solas con su marido, oír las palabras que le den la fuerza de ahogar la pena en aquel sufrimiento”.

Es la dificultad (¿imposibilidad?) de expresar el sufrimiento, de darle forma literaria. Porque la experiencia del horror se vuelve abrumadora. Tanto que no puede decirse. Imposibilidad que es resistencia al horror, porque el horror se niega a ser re-presentado. El dolor, el sufrimiento sólo se pueden abordar como aproximación, como tensión de vida (creatividad) que se contrapone a la tensión de muerte. Estética de la resistencia que toma cuerpo de realidad en un quehacer que se fija en lo trivial (“mira, está nevando...”) y hace de ello expresión de una subjetividad que se afirma en la inmediatez y socava el discurso de las grandes tematizaciones en las que se espeja nuestra impotencia.

Atenerse a lo precario, intrascendente, siempre en un tris de deslizarse en la banalidad. Quizás sea esa la manera de resistirse a la frivolidad. Quizás en la aparente pusilanimidad de quien reconduce su mirada hacia el rostro patente de los seres inmediatos subyace un esfuerzo por “salirse del cautiverio, de la cháchara de la Historia y la actualidad en la que estamos atrapados todos nosotros, y dirigirse a un presente incomparablemente más fecundo: mira, está nevando. Mira, allí hay unos niños que juegan. (El arte de desviarse; el arte como la desviación esencial)”. Mirar fuera de la pantalla, hablar desde la palabra apropiada.

C. Torre-Suárez, septiembre de 1996.

(*)Hace sesenta años, Ante Ciliga, fundador del partido comunista de Croacia, escribe en París “Au pays du grand mensonge”, en donde narra su experiencia en la Unión Soviética. En 1950 se publica con el título “Au pays du mensonge déconcertant”. En 1977, Champ Libre lo reedita como “Dix ans au pays du grand mensonge”.

Buenaventura Durruti e Higinio Noja... Vidas simultáneas

Existen muchas formas de comunicar una idea o hacer propaganda de una determinada ideología. La puesta en práctica de la misma suele ser la mejor vía para informar a nuestros contemporáneos de aquello que pretendemos; aunque, por regla general, suele ser la más difícil.

Rescatar del oscuro pasado aquello que significó en tiempos anteriores la teoría y la práctica de una ideología nos permite contrastar las diferencias y similitudes que la misma tiene con los momentos actuales. Por ello una de las maneras más idóneas para hacerlo es incorporar todo el bagaje anterior que todavía nos pueda ser útil en nuestra práctica cotidiana; pero también esta vía se nos presenta ardua y problemática.

Las exposiciones, muestras fotográficas u otros actos de similares características, pueden favorecer y propiciar el acercamiento al conocimiento de una determinada forma de actuar y de pensar, al igual que lo puede hacer un libro, un folleto o un periódico.

Una de las características básicas del anarquismo español a lo largo de su historia fue el intento de integrar en su práctica cualquier acto que llevaba a cabo; de ese modo evitaba una separación peligrosa entre teoría y práctica que hubiera podido propiciar el surgimiento de burocracias, la creación de líderes u otras formas contrarias al espíritu libertario.

Se está conmemorando este año el centenario del nacimiento de Buenaventura Durruti, con una serie de actos, entre los cuales destaca una exposición itinerante en torno a su figura y lo que éste representó en el seno del movimiento.

Nada tendríamos que objetar si estos actos se integrasen en la práctica actual de nuestro movimiento; es decir, la recuperación de nuestra memoria histórica debe ser ajena, como siempre lo fue, a la representación espectacular. En muchos casos, la fascinación por el movimiento anarquista de este país está basada en la fijación de ciertos aspectos parciales que pueden reducir la visión de esta ideología a un decorado tras el cual sólo se encuentre el vacío. De nosotros depende que la fractura entre la teoría y la práctica no se convierta en un abismo que acabe por engullirnos a todos.

Si para algo ha servido la celebración del centenario de Buenaventura Durruti, ha sido para hacernos recordar que han existido otros muchos miles de revolucionarios y revolucionarias, unos anónimos y otros más conocidos que por pura casualidad nacieron también en aquel lejano final decimonónico.

Nada ha tenido que ver con esta celebración el esfuerzo que Marianne Enckell y Vicente Martí decidieron emplear hace tiempo para tratar de rescatar del olvido algunos aspectos de la práctica revolucionaria de Higinio Noja Ruiz.

No obstante, el resultado de este esfuerzo ha culminado en este año con la edición de un fragmento de las memorias del revolucionario onubense¹ y ello puede favorecer la comprensión de que las prácticas anarquistas nunca fueron uniformes, ni fueron dictadas por comités dirigentes y asumidas por una militancia bien entrenada. Si esto fue así, es tarea nuestra que no quede sepultado por la preponderancia de una determinada línea de actuación o que prevalezca el pensamiento de que una práctica es mejor que otra o que...

No es mi intención remedar el método de Plutarco y sus epígonos y hacer una vida simultánea entre Durruti e Higinio Noja o incluso el doctor Isaac Puente y otros muchos; aunque podría prestarse a ello, ya que no sólo nacieron el mismo año, sino que tienen suficientes analogías para estructurar una trama que nos permitiera el análisis de sus múltiples coincidencias y divergencias.

Únicamente me interesa subrayar lo que ya apuntaba al principio: Que esta simultaneidad pudo coexistir gracias a la multiplicidad de vías de actuación práctica que partiendo de una raíz común permitía que ésta se desarrollara siguiendo líneas que aún siendo en apariencia distintas conflúan todas en un determinado punto. Esta pienso que fue la razón de que en julio de 1936 el proletariado en armas lograra hacer frente con éxito a la sublevación militar y pusiese en marcha un proceso revolucionario que llegó a sentar las bases y configuró a grandes trazos lo que podría ser una sociedad libertaria.

Higinio Noja Ruiz pertenece a esa clase de revolucionarios que realiza cotidianamente una labor callada, pero efectiva, para demostrar en la práctica que el esfuerzo heroico es precisamente hacer de la cotidianeidad una labor creativa permanente. Que lo verdaderamente difícil es hacer que ese futuro que anhelamos lo convirtamos en nuestro presente.

Eso es, a grandes rasgos, lo que el libro que trato de reseñar nos muestra con toda la frescura de los actos que se llevan a cabo con la fuerza y la pasión de una convicción bien arraigada. El revolucionario onubense nos trasmite a través de estas páginas que luchar por una sociedad distinta es construir ésta con nuestros actos cotidianos; que esperar a que ésta surja de pronto como caída del cielo o por especial regalo de los dioses, no tiene ningún sentido ni se alcanzarían los resultados que nosotros deseáramos.

Pero nuestros ojos de hoy pueden contemplar esa experiencia de ayer con un rictus conmovedor. La construcción de una escuela en el campo para niños, en un pueblo de la Ribera de Valencia llamado Alginet, hace ya más de setenta años, ¿a quién puede interesarle? En efecto, es difícil demostrar que este hecho pueda revestir alguna importancia frente a otros actos de una explosiva espectacularidad con un atractivo evidente, sobre todo en los tiempos que vivimos y además uno se pregunta si vale la pena demostrarlo.

Noja Ruiz fue siempre coherente con sus postulados y percibía que la educación era una extraordinaria herramienta, cuya utilización en una determinada forma nos podría permitir la transformación, sin grandes sobresaltos, de una sociedad injusta y competitiva a otra más humana. El relato es muy breve. Higinio nos habla de sus dificultades como maestro racionalista en aquel pueblo frente a la desconfianza que despertó en un primer momento; nos cuenta cómo se fue ganando la confianza de todos y de qué forma a partir de ese momento comenzó a acariciar la idea de crear en aquel año 1923, una escuela fuera del pueblo. Su propósito era que los niños estuvieran en contacto directo con su entorno, viviendo de forma directa su autoeducación a través de asumir sus propias responsabilidades. Este era el método educativo que Higinio practicaba y tal fue su entusiasmo con la idea que no sólo contagió a todo el pueblo, sino que el ingeniero de la compañía eléctrica, contagiado a su vez, les llevó por su cuenta luz a la escuela. Y qué sensaciones tan maravillosas pueden vivirse con una experiencia del género; se puede vislumbrar sin dificultad lo que podría ser una sociedad autogestionada en la práctica. Ciertamente hay que vencer muchas dificultades y que se cometerán muchos errores que habrá que rectificar, como así sucedió en la realidad; pero en eso consiste la lucha revolucionaria, según pensaba Noja Ruiz y a ello dedicó toda su vida.

La continuidad de esta experiencia en aquel verano del 23 se vio comprometida por la instauración de la dictadura de Primo de Rivera. Fue, pues, corta en duración, pero muy intensa en consecuencias. Un dato anecdótico: los supervivientes de aquellos niños de entonces todavía la recuerdan con gran emoción. En definitiva, un libro excelente para celebrar el centenario del nacimiento de Buenaventura Durruti.

Paco, noviembre 1996

1- Noja Ruiz, Higinio; *La Armonía o la escuela en el campo* (Alginet, 1923); Barcelona; Virus-CIRA; 1996; 123 págs.